





OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO VI.



ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO II.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1819.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Principe*.



ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

La profunda tristeza y la concentrada desesperacion en que hallamos al Coronel al principio de esta historia se habia ido dulcificando por grados, y aun de modo que casi lo conocia él mismo; es decir, que desde el momento en que se decidió á proteger la niña resultaron sobre sus propias sensaciones cuantos bienes él queria acumular en tan interesante criatura. Cada vez que contemplaba la

dulce fisonomía de Rosa se felicitaba por haberla libertado de la infeliz suerte que la amenazaba; y entonces todas las facciones de su rostro, y aun el eco de su voz le causaban una conmocion deliciosa, á pesar de ciertos recuerdos tristes relativos á algunas escenas de su vida, que él queria y no podia dar al olvido. Sabia muy bien que solo la casualidad debia haber producido una semejanza tan interesante para él entre Rosa y algunas personas que habia conocido en otro tiempo; porque era imposible que pudiese existir relacion alguna entre una niña de esta clase y las damas que se recordaban al Coronel viendo sus facciones. Sin embargo, esta semejanza sirvió para aumentar cada dia su cariño hácia la niña, y entonces, mientras la mas activa beneficencia le animaba, descubrió, que si le habia

parecido la vida desnuda ya de todos los consuelos que pudiese ofrecer la esperanza de un porvenir menos triste, le podia ser ya no solo soportable, sino aun tambien deliciosa.

Ya en efecto habia pasado el tiempo destinado á las primeras instrucciones de Rosa; pero el Coronel, semejante al mayor número de sus compatriotas, poseía conocimientos muy extensos, y sabia mejor que nadie cuán útil podia ser una buena educacion en todas las circunstancias de la vida. Así pues hizo que un hombre muy instruido viniese á establecerse en su casa para dar á Rosa las primeras nociones de las ciencias que deseaba enseñarla; y esta niña, ya preparada por los cuidados de Miss Harwood, y bajo la direccion de un hombre ilustrado, hizo en poco tiempo muy visibles progresos: su modo de hablar

llegó á ser bastante correcto, y su pronunciacion muy pura. El Coronel, tan gustoso como interesado en las tareas que lisonjeaban su corazon sensible, dividia constantemente los trabajos de la enseñanza con el preceptor que habia dado á su hija adoptiva, y gozaba lleno de alegría de los progresos diarios que iba viendo nacer por instantes. La compañía de Miss Harwood era no pequeña ventaja para Rosa, cuyo fino oido la enseñó á despreciar las expresiones y palabras vulgares ó groseras de que hasta entonces habia usado, substituyendo en su lugar las frases de que se valia su bienhechor y el sabio que habia querido encargarse de instruirla.

El Coronel, gozando así de todas las delicias de la beneficencia, no veía con su apatía ordinaria còrrer el tiempo que debia arrancarle de entre tan

dulces ocupaciones, sino que al contrario, pensando que su muerte dejaria á la niña sin ninguna proteccion en la tierra, era el objeto de sus mas profundas meditaciones el cuidado de adornar su alma con los conocimientos útiles, y asegurar su suerte para en adelante.

¡Oh, cuán diferentes fueron los seis meses que pasó en Bath ocupado en dirigir la educacion de Rosa, en cuidarla y en amarla, del tiempo que el año anterior empleó en este mismo pueblo en recobrar una salud, que le era tan indiferente, y prolongar una vida, que entonces podia decirse que le era mas que un bien una pesadísima carga!

Cualquiera que fuese la causa secreta de aquella tristeza sin esperanza de consuelo, y de aquellos amargos recuerdos que despedazaban su co-

razon, por lo menos los efectos se habian suspendido por entonces. El tiempo ya no tenia á sus ojos una marcha lenta y monótona, sino que al contrario volaba, y se desvanecia con rapidez: faltaba solo un mes para llegar el dia en que debia salir de Inglaterra, ó hacer dimision de su empleo en la India, y aun no habia determinado el partido que le convenia tomar. Retirarse del servicio estando en tiempo de guerra era un paso tan repugnante á su honor como á su ánimo belicoso; pero tambien el separarse de Rosa, renunciar el único encanto que habia podido suspender aquella larga agonía de su existencia, dejar esta interesante criatura tan amable, tan sensible, y de una complexion tan delicada, expuesta á muchos peligros, de todos los cuales le libraba su presencia, era para él una idea verda-

deramente insoportable. Sin embargo, los recelos que tenia acerca de la salud de la niña comenzaron á desvanecerse, y poco tiempo despues se convenció de que sus perfecciones exteriores no cederian á las de su corazon y su espíritu.

Un alimento sano, un ejercicio moderado y una asistencia escrupulosa en todas sus partes habian producido poco á poco en su rostro aquel color delicado y animado que añade tantas gracias á la fisonomía de una niña: á su antigua palidez se habia substituido el brillo de la salud; sus mejillas, antes flacas, habian recobrado el natural contorno, y los colores que las animaban hacian lucir completamente sus hermosos ojos negros, cuya expresion dulce y cariñosa llevaba la marca de la sensibilidad; sus cejas, sin tener exactamen-

te la forma de un arco, estaban tendidas con gracia, y sus hermosos cabellos castaños parte adornaban su frente, y otros caían en bucles á cubrir su cuello; sus facciones, aunque regulares, eran de aquellas que interesan mas que admiran; pero su boca tenia un encanto, que no puede pintarse, y á la menor sonrisa se veían formar al rededor de ella unos hoyitos casi imperceptibles, que la daban una gracia inexplicable.

Habia crecido bastante, y un aire gallardo y elegante habia sucedido á aquel modo de andar tan desgarbado y desagradable, de que hemos hecho mencion: en fin, todo hacia creer que Rosa dentro de algunos años seria una niña encantadora, ó por lo menos el Coronel así lo creía: de modo que la criatura que habia arrancado del poder de la miseria y de la ignorancia

llegó á ser á un mismo tiempo el objeto de su admiracion apasionada, y el manantial de los placeres mas dulces para su corazon.

El regimiento de su mando estaba tan distante de Calcuta, que aun suponiendo que quisiese llevar á Rosa á aquella ciudad, le seria tan imposible velar de cerca sobre su educacion como si la dejase en Inglaterra: llevarla consigo al campamento era un proyecto impracticable, y embarcarse sin ella era una cosa cuya sola idea despedazaba su corazon.

Mientras que el Coronel se entregaba á todas estas sensaciones, á un mismo tiempo desagradables y dolorosas para su corazon demasiado sensible, la historia de la niña mendiga que habia adoptado era objeto de todas las conversaciones. Cada uno deseaba saber las particularidades de un

suceso tan extraordinario, y es preciso hacer justicia á Mistress Betty, diciendo que en este punto quedó completamente satisfecha la curiosidad de todos. John, acostumbrado siempre á obedecer al pie de la letra las órdenes de su amo, no respondia á cuantos le preguntaban sobre este punto: pero luego que advirtió que la historia de Rosa ya no era un misterio para nadie, informó á su amo de la publicidad que el secreto habia adquirido.

El Coronel se mortificó mucho al saberlo, y echó toda la culpa á las indiscretas conversaciones de Mistress Feversham; y como Lady Harwood pasaba por una de las mas íntimas amigas de aquella muger, el Coronel empezó á mirarla con indiferencia, no pudiendo imaginar que una señora razonable pudiese formar la menor relacion con una criatura tan necia y tan

ridícula : y su aversion hácia ella creció mucho mas cuando supo mil anécdotas que se contaban de Rosa en todas las tertulias. Pero mientras que el cariño del Coronel para con su hija adoptiva tomaba nuevo incremento, á medida que procuraban se debilitase, el tiempo corria rápidamente, y un mes, un *solo* mes faltaba, pasado el cual era preciso que el Coronel dejase á Rosa sola enmedio de un mundo, que él tanto aborrecia. Cada instante se aumentaban sus angustias y sus penas, en términos que llegaron á serle casi insoportables.

Cansado finalmente de formar y desbaratar unos tras otros cuantos planes le ocurrian para la seguridad de Rosa mientras su ausencia, se decidió á salir de Bath para consultar á Sir Salomon Mushroom, que habia manifestado tanto interés por su fa-

vorita, pensando que este caballero era hombre de mucho juició, y un gran conocedor del mundo.

John no estaba menos agitado que su amo cuando recibió la órden de disponer el viaje, pues habia empleado todos los ratos desocupados en calcular cuántas semanas, dias, horas y minutos le quedaban que pasar al lado de Mistress Betty, mientras esta muchacha nada tonta, que calculaba tambien á su modo, y conocia los rápidos y seguros progresos que habia hecho en el corazon de John, dirigia toda la actividad de su espíritu hácia el único punto que jamas habia perdido de vista, y en su imaginacion coordinaba su establecimiento futuro en Withe-Horse, no ignorando el obstáculo que podia oponerse á sus mas gratas esperanzas, y aun destruirlas del todo para siempre.

CAPÍTULO II.

Si el caballero Sir Salomon Mushroom hubiera sabido el dia en que el Coronel y su comitiva debian llegar á Londres, él hubiera ido á esperarlos á la posada donde se proponian descansar, para convidarlos de este modo á admitir una habitacion en su casa; pero no estando advertido, y hallando ya al Coronel establecido en el parage donde se habia apeado cuando envió á ofrecer sus respetos á Sir Salomon, éste se contentó con hacerle mil protextas de servirle en un todo.

La alegría que manifestó al saber que el Coronel habia llegado á Londres fue extremada, y lo que es mas de admirar fue sincera. Cuando recibió el recado se preparaba para ir á

la cámara de los comunes; pero sin embargo ofreció ir á comer con su *digno amigo*, mientras que éste habiendo tomado un fiacre se dirigió á la compañía de la India, donde, despues de haber cumplimentado á los Directores, supo que no le quedaban sino muy pocos dias para acabar de arreglar sus negocios. En seguida volvió á su posada fatigado, atormentado, y hecho víctima de todas las inquietudes que le causaba mas que nunca la suerte de aquella niña.

«Papá, papá, ¡qué hermosa muñeca! exclamó Rosa viéndole entrar, y enseñándole una figura de cera magníficamente vestida. ¿Habeis visto alguna vez una cosa mas bonita? ¿quién dirás que me la ha traido? Es ese señor, cuyo nombre he olvidado; pero me ha dicho que volverá á veros, que vendrá todos los dias, y me trae-

rá otras muñecas, si quereis darle licencia para ello. Es menester darle esta licencia: ¿sí, papá? y despues ha dicho que yo debo quererle cuando vos os vayais; pero vos no os marchareis, no querreis dejar á vuestra pobre Rosa.... ¿no es verdad que no la abandonareis nunca?"

La niña se puso á llorar amargamente: el Coronel suspiró, y se sonrojó acordándose de la perpetua incertidumbre que habia retardado la determinacion que debia tomar acerca de tan interesante criatura; pero ya no habia mas tiempo que perder: abrazó á Rosa, se retiró á su cuarto, y llamó á John.... "Con que, amigo mio, le dijo, yo he concluido mis negocios, y dado las órdenes para el despacho de todo."

John respondió con un suspiro. Él habia ocultado con mucha dificultad

á Mistress Betty el peso que oprimia su corazon, mientras que ésta juzgó que la melancolía de su amante no era otra cosa que la señal de la fuerza de su amor.

"Todo lo he arreglado, continuó el Coronel sin mudar de postura, ni levantar los ojos: todo, excepto lo que me interesa mas, y es qué debo hacer de mi pobre Rosita."—"Ya otra vez he tenido el honor de haceros presente que Betty es una jóven de confianza, honrada y fiel."—"Amigo mio, ya conozco tu modo de pensar acerca de ella; pero....."—"Señor, exclamó John poniéndose en puntillas, y estirándose el pañuelo del cuello, si un hombre que tiene el honor de ser soldado, servir á su Coronel, y ser circunspecto en sus palabras, puede atreverse á responder de un modo positivo sobre la conducta de otro, yo

debo ser creido mas que nadie. Sé muy bien que la fisonomía engaña á veces, y que no se sabe...."—"Yo no desconfio de tí, ni de ella, querido John, le dijo el Coronel; pero si elijo á tu amiga para asistir á mi Rosa, ¿dónde colocaré á una y otra? ¿á cuáles manos confiaré la educacion de esta niña? ¿qué maestro buscaré que sea capaz de instruir su alma, y formar su corazon, un corazon tan amable, sensible y cariñoso? He aquí lo que me atormenta."

John no supo qué responder por de pronto: reflexionó algunos minutos, y luego, frotándose la frente, dijo: "Es verdad que eso es un poco dificil; mas como yo me propongo dejar á Mistress Betty todo mi Shakespeare, y como las obras de este inmortal autor encierran lecciones para todos los estados, todas las clases,

todas las edades, todos los sexos, puede ser. . . . "—" ¿Será acaso que Betty estudie el Shakespeare ?" preguntó el Coronel sonriéndose, aunque melancólicamente. — "Por lo menos me ha prometido estudiarle, respondió John; pero como yo sabia que me quedaba poco tiempo para instruirla, no he tenido valor para empezar mis lecciones."—" Sin embargo, querido John, yo te he visto mas animoso otras veces."—"¡Ah, señor! Hacer frente al enemigo, y dejar un amigo, son dos cosas. . . . "—"Muy diferentes, interrumpió el Coronel suspirando, y luego dijo: ¡pero Rosa! ¿qué haré yo de mi pobre Rosa?"

Estando en esto avisaron la llegada de Sir Salomon, y saliendo el Coronel á recibirle le encontró en la sala de comer acariciando á Rosa, que

sentada en sus rodillas le enseñaba su muñeca nueva.

Sir Salomon manifestó la mayor alegría por haber vuelto á ver á su amigo ; mas tambien fue extremado su sentimiento cuando supo que dentro de poco tiempo iba á salir de Inglaterra : y añadió que esperaba que su amigo le daria el gusto de dejarle sus órdenes para servirle mientras su ausencia , porque su mayor felicidad seria poder complacerle ; y sobre todo pidió permiso para visitar de cuando en cuando á la preciosa Rosita.

El Coronel hizo que ésta se retirase , y sentándose al lado de Sir Salomon le comunicó sin reserva las dificultades que hallaba en disponer de un modo seguro acerca del interesante objeto de sus cuidados , de lo sensible que le era apartarse de ella , y

del proyecto que habia formado para proporcionarla una fortuna independiente.

Jamas brilló mas que en este momento la exquisitísima prudencia de Sir Salomon, y mientras que interiormente se reía de la necedad del Coronel y de sus ridículos temores, levantó la voz, y en un tono solemne se lastimó de la desgracia de la pobre Rosita en verse privada de la proteccion inmediata de su digno bienhechor; y despues de algunos minutos de meditacion, durante los cuales el Coronel examinó atentamente todos los movimientos de su rostro, pronunció que el único asilo conveniente para una niña como ella era una casa pública de educacion. Dijo que tenia dos sobrinitas huérfanas que hacia educar en Mount-Pleasant, famosa escuela situada á dos millas de Penrry,

bajo la direccion de una muger respetable, cuyo mérito y carácter la hacian igualmente digna de dar lecciones á otros; "y Miss Rosa, concluyó, no podrá estar mejor que al cuidado de una maestra semejante."

El Coronel manifestó que le habia agradado este plan, y dió gracias á Sir Salomon con un entusiasmo que comprobó á éste las veras con que se interesaba en el bien estar de su favorita.

Sir Salomon, que parecia ser la misma bondad y la misma complacencia, no solamente elogió la escuela de Mount-Pleasant, sino que ofreció hacer todas las diligencias necesarias en nombre del Coronel, pagar los alimentos durante su ausencia, y en una palabra, hacer cuenta que Rosa era su tercera sobrina. El Coronel penetrado de gratitud fijó sobre el rostro de su

amigo sus ojos llenos de lágrimas, y le apretó la mano con la mas viva expresion de cariño.

El caballero Mushroom quedó admirado, y lleno de placer al mismo tiempo, al ver el modo tan silencioso como fino con que el Coronel introdujo en su mano cierta carterita encarnada, dentro de la cual iban varios billetes de banco, por valor de dos mil libras esterlinas, y mucho mas le agradó ver que el Coronel rehusó admitir un recibo, que él quiso darle de aquella suma. "El dinero, amigo querido, dijo el Coronel, es el *Dios del honor.* ¡Ah, cuántos motivos tengo para despreciarle! Sin embargo ya comienza á tener algun valor á mis ojos, pues le encuentro necesario para la felicidad de esa niña. Yo confio á vuestro honor y á vuestra humanidad el cuidado de velar sobre la suer-

te de esa, que debe ser la heredera de todos mis bienes."

Sir Salomon sacó su pañuelo, y se le llegó á los ojos, no para enjugarse las lágrimas, sino para ocultar su conmocion. ¿ Pero de qué género era ésta? Eso es lo que nos es imposible explicar por ahora.

El tiempo que estuvieron en la mesa se pasó en repetidas protextas por parte del Coronel, que habiendo manifestado enteramente su corazon, se entregó á todas las efusiones de la noble franqueza que le distinguia, y Sir Salomon se retiró á buena hora, despues de haber renovado á su digno amigo todas las posibles protextas de zelo y amistad eterna.

Apénas quedó solo el Coronel cuando tiró de la campanilla para que viniese John, á quien deseaba participar la alegría en que se hallaba; pe-

ro un incidente habia trastornado el juicio de aquel honrado doméstico, y le hacia incapaz de oir el sonido de la campanilla. Este incidente era una consecuencia del uso que Betty acababa de hacer del agujero de la cerradura. Inquieta por haber observado la suma agitacion de su amo, y sus conferencias secretas con John, conoció bien pronto que se trataba de algun nuevo misterio que querian ocultarla; y como no tenia fuerzas para resistir á la curiosidad que la devoraba, se colocó en su puesto cuando Sir Salomon hablaba con el Coronel, y con todo descanso; pues sabiendo de cierto que John estaba ocupado en la cocina, no perdió una letra de la conversacion que hemos referido.

Juzgue mi lector cuánto sufriria la pobre Betty, cuya imaginacion estaba siempre ocupada en el plan favorito

de verse algun dia posadera en Withe-Horse. La esperanza que al principio habia concebido acerca de este importante ascenso pasó luego á ser certeza, y aun habia llegado á decir en confianza á sus amigas, que si Dios queria sacar de este mundo al viejo Parker, ella seria la que sucediese en su empleo; por lo cual sus amigos no cesaban de darla cuenta todos los dias, para que sabedora del estado de la enfermedad de aquel anciano, fuese tomando sus medidas en oportuno tiempo. Discúrrase pues cuál seria su sorpresa, su dolor y su consternacion viendo arruinarse tan brillante edificio. No solamente iba á quedar expuesta á la befa de sus confidentas, que no dejarian de darla brega, ridiculizando sus castillos en el aire, sino que tambien se veía obligada á buscar una ama á quien servir, cuan-

do habia pensado serlo ella misma; á todo lo cual se debe añadir la idea de que iba á separarse de un amante, y acaso para siempre. La desgraciada Betty, lleno su pecho de indignacion y de pena, y en fin, víctima de cuantas sensaciones pueden agitar el corazon de una muger cuando ve que sin remedio se escapa de sus cadenas el hombre que pensaba tener ya para siempre sujeto en ellas, se retiró de su puesto de observacion, sin ser vista de nadie, despues de haber oido el plan que el Coronel acababa de arreglar respecto á Rosa, y que destruía completamente el que ella habia formado con John, su amado compañero.

"Bonita salida, exclamó al mismo tiempo que las lágrimas regaban sus carrillos inflamados de cólera: ¿con que despues de haber estado sirvien-

do como una esclava á esa pordiosera; despues de haber ensuciado mis manos en limpiarla y quitarla sus andrajos; despues de que únicamente por complacer á mi amo he estado en Bath paseando esa criatura por plazas y calles, no tendré otra recompensa que mi salario, y tal vez algun regalillo? ¿Y en caso de que me dejen alguna gratificacion, me veré sujeta al infame Sir Salomon, y el señor John con todas sus pomposas palabras y su decantada hombría de bien no será otra cosa que un perjuro?"

Sin embargo, es preciso convenir en que la pasion sacaba de sus casillas á esta pobre muchacha en términos de decir mas de lo justo; pues no obstante el cariño que John la tenia, y á pesar de que mas de una vez la hizo entender que algun dia podia llegar á establecerse en Penrry, no

estaba menos determinado el Coronel á regresar á la India, que sù criado resuelto á seguirle, y vivir y morir á su lado; es decir, que habia tenido demasiada probidad para dar á Betty esperanzas, que tal vez no podria realizar, y ésta no tenia motivos para llamarle perjúro, pues aunque es cierto que un dia, de resultas de una conversacion muy larga y muy patética, la dijo que mientras poseyese medio schelling le partiria con ella, no es menos verdad que jamas la habló palabra acerca del matrimonio ni del establecimiento que tan perfectamente habia ella coordinado en su fantasía.

En fin, la pobre Betty, pálida y llorosa, se sentó á la mesa para comer; por cierto que esta penosa situación no se hubiera ocultado á su amado si él no estuviese enteramente concentrado en sí mismo, y abis-

mado en el dolor de una separacion tan próxima.

"¿Con que M. John, dijo Betty dando un profundo suspiro, es cierto que vais á embarcaros?" John no estaba preparado para esta pregunta, pues aunque hacia mucho tiempo que buscaba una ocasion de abrir su pecho, se hallaba casi en el momento de la despedida, sin haberse podido resolver á entablar una conversacion, que segun sus propios sentimientos, y la certeza en que estaba de ser amado, habia previsto que seria en extremo dolorosa. Ya no se podia evitar hablar del asunto, y así apénas oyó la pregunta dejo caer cuchillo y tenedor, y fijo su vista en la chimenea. Entonces Betty soltó las riendas al llanto: en vano John procuró sosegarla; y por último, cediendo á lo patético de la escena, hizo la declaracion que

ella habia ya previsto hace mucho tiempo, y juró que despues del honor de su amo, ella era lo que mas amaba en el mundo, y que si Dios le conservaba la vida el tiempo necesario para restituirse á su pátria, ella seria su legítima esposa. Las lágrimas de Betty se aumentaron oyendo esta promesa solemne: y cuantas expresiones de cariño amontonó John esperando dulcificar su dolor, y reconciliarla con los decretos de un destino inevitable, solo sirvieron de producir un efecto contrario. Betty pensaba que el viejo Parker no tendria de vida sino muy pocos dias, y que en lugar de verse ama de una bonita posada, se veria en la precision de servir toda su vida.

Como él no tenia ninguna sospecha de los motivos del dolor de su amada, atribuía aquellos extremos al

cariño; y como su propio corazon estaba tan de acuerdo en este punto, comenzó á llorar con tanta amargura como ella. Sentado al lado de la afligida dama, la renovaba de mil maneras las protextaciones de un amor eterno, sin que ella contestase otra cosa que declamaciones de desesperacion: y en tan crítico momento fue cuando sonó tres veces la campanilla del Coronel, sin que ninguno de los amantes tuviese valor para vencer el dolor en que estaban abismados.

El Coronel, que huia de servirse de los criados de la posada, tomo el partido de ir á buscar al suyo, y entro en el cuarto en que se hallaba la tierna pareja sin que ninguno de los dos le sintiese. ¡Que espectáculo para un hombre tan sensible como el Coronel ver las lagrimas del dolor y la desesperacion de los dos amantes, y

disposiciones, é hizo rápidos progresos en el estudio de las lenguas antiguas. Para que pasase á un colegio fue preciso pensar en añadir nuevos gastos á los que habia exigido su primera educacion; pero por desgracia del pobre Horacio, su protector se dedicó por entonces á la elocuencia, y descubrió en el joven una porcion de conocimientos que podian ser útiles á él en su nueva carrera. En efecto, Horacio conocia á fondo la historia antigua, le eran familiares los mas famosos oradores griegos y latinos, y reunia á una erudicion poco comun en su edad la mayor facilidad para componer discursos sobre cualquier punto de moral o política, adornados con citas de autores, cuyos nombres no conocia Sir Salomon; y éste, como hombre dotado de gran memoria, aprendia al pie de la letra aquellos

discursos, y luego, añadiéndoles algo de sus propias ideas, los hacia pasar por suyos. De este modo llegó á excitar la admiracion de la cámara de los comunes; y sus eloquentes discursos, retocados despues por Horacio, y enviados á los periodistas, á quienes Sir Salomon pagaba liberalmente, llenaban á lo menos dos columnas de los papeles publicos.

Ademas del honorífico empleo de servir de intérprete á un miembro del Senado Británico, era Horacio una especie de secretario y mayordomo en Peurry, pues contestaba á todas las cartas sobre asuntos de la hacienda, cobraba las rentas, y llevaba una cuenta exacta de la entrada y salida del dinero; y en recompensa de todos estos servicios tenia una habitacion á uno de los extremos de la quinta, comia con el caballero Mushroom, y dis-

cia habia descubierto en él, por lo cual decayó de su gracia, y le declaró que habia resuelto ponerle de aprendiz en casa de un artesano, para que adquiriese modo de ganar su vida; pero esta proposicion, y la de hacerle entrar en una oficina, fueron despreciadas por el joven con desden y resentimiento.

Horacio, entregado continuamente al estudio en su vieja biblioteca, y no teniendo en su bolsillo dinero que pudiese servirle de estímulo para salir fuera de casa, no solo cayó en una profunda melancolía, sino que la falta de ejercicio le dió un color pálido, que hizo desaparecer su hermosura: de modo que perdió en el cuerpo tanto como ganó en ilustracion; pero aunque la indolencia y la ingratitud de este muchacho eran el texto favorito de todas las conversaciones

de Mushroom en su ausencia, sin embargo cuando estaba delante no cesaba de tratarle con una especie de atencion, que parecia muy extraña respecto á una persona que se hallaba en aquella situacion.

Los motivos secretos de este odio implacable de Sir Salomon hácia su protegido, y que él no ocultaba sino con mucho trabajo, provenian del temor de ver destruir sus mas gratos proyectos. Dos jovenes que pasaban por sobrinas del caballero, una de diez y siete años, y otra de quince, habian sido educadas en compañía de Horacio, y manifestaban ciertos síntomas de prediłeccion á su favor, que alarmaban vivamente á Sir Salomon. Calculó desde luego todas las ventajas que Horacio podia sacar de su situacion, y no dudó se aprovecharia del ascendiente que tenia sobre el co-

sos bastante extraordinarios se hallaba viviendo á sus expensas; pero que las disposiciones que desde la infancia habia manifestado eran tan superiores á la medianía, que hubiera sido una barbaridad privarle de las ventajas de la educacion; y con efecto, añadió dando un profundo suspiro, pocos jóvenes pueden compararse con él en este punto.

El Coronel, lleno de bondad para con el que debia ser el *protector de Rosa*, dijo que creia que el caballero habia recibido la mejor recompensa para un corazon sensible, es decir, ser testigo de la felicidad del que fue objeto de su beneficencia.

Sir Salomon aparentó estar indeciso, volvio á un lado la cabeza, sacó su pañuelo, y dio otro suspiro, observándolo todo el Coronel con la mayor atencion.

Entonces el caballero, armándose de todo el artificio de un lenguaje especioso, comenzó á manifestar que el jóven era sumamente perezoso, orgulloso, vengativo e ingrato, pues semejante en todo á la culebra, no pensaba sino en despedazar el pecho que le habia conservado la vida, y así trataba de seducir á su sobrina fávorita; de modo que entregado á este proyecto habia rehusado admitir todo empleo que fuese capaz de alejarle de su familia.

Á pesar del feo colorido con que Sir Salomon se empeñó en pintar el retrato, el Coronel veía en la historia del jóven cierta cosa que le hacia interesante. Reflexionaba que aquel indigente, aunque viviendo en la casa de su bienhechor no podia defenderse de los encantos de una pasion profunda por el objeto, cuya pose-

sion le estaba prohibida, se hallaba en una situacion de las que muchas veces no pueden librar al hombre ni todos los esfuerzos del honor ni los de la delicadeza.

El Coronel preguntó si la jóven participaba de los sentimientos de su amante: á lo cual respondió Sir Salomon, que daba gracias al cielo de que todavia no participaba de ellos, y que se hallaba sin saber qué hacerse; pues le era imposible ni tratar con rigor á aquel jóven, ni separarle de su casa.

Sir Salomon habiendo preparado tan lindamente la historia iba á proseguirla con la misma destreza, cuando el Coronel, reflexionando que si se encargaba de aquel joven tan querido de su amigo empeñaba mas y mas á este en velar por la de Rosa, y esperando que tal vez llegaria á

dulcificar la situacion del desgraciado Horacio luego que le hubiese librado de una pasion, que podia llegar á ser su ruina, y no dudando de la certeza de la historia referida por Sir Salomon, le interrumpió ofreciéndole encargarse de su protegido, proporcionándole una plaza en el gobierno civil de Bengala, si acaso él consentia en aceptarla.

"¡Aceptarla! exclamó Sir Salomon lleno de alegría: debe hacerlo..... ¡oh! era preciso que fuese un..... si fuese capaz de..... pero ¡ay! hasta ahora ha rehusado admitir todas las ventajosas proposiciones que le he hecho..... Sin embargo, yo tengo algun derecho..... sí..... ¡Ah, Coronel! nunca, nunca podré corresponder á un favor tan precioso.... pero ¡vuestra Rosita! sí: esta niña me será muy querida.... ella...."

El Coronel le interrumpió apretándole la mano, y haciéndole conocer con una expresiva mirada que este era el único medio de reconocer el servicio que iba á hacerle.

En el instante quedó arreglado todo el asunto. Horacio debia ocupar una plaza en la oficina de la compañía de la India, y el Coronel se encargó de su fortuna.

En cuanto á Rosa, único objeto del afecto de su bienhechor, no podia menos de ser grata á su nuevo protector, quien protextó la amaria como á sus sobrinas, y aun llegó á indicar que la amaba en términos, que seria su tercera heredera, y desenvolvió esta idea con tanta energia, que el Coronel tuvo suma dificultad en hacerle comprender al generoso caballero que semejante proyecto era no solamente injusto, si-

no tambien inútil, pues Rosa seria la única heredera de cuanto él tenia. En fin, despues de una discusion muy viva, donde la sinceridad y el pundonor presidieron por una parte, y la hipocresía por la otra, los dos amigos se dieron un estrecho abrazo, con la palabra solemne de cumplir con exactitud lo que habian ofrecido.

Sir Salomon habló entonces de los gastos del largo viaje de Horacio; pero el Coronel acariciando á Rosa, que estaba sentada sobre sus rodillas, respondió que estos gastos corrian de su cuenta. — "Jamas consentiré tal exceso de generosidad á mi digno amigo," respondió Sir Salomon. — "Es una vagatela, dijo el Coronel, y podreis pagársela en vizcochos á mi querida niña." — "Consiento desde luego en ello," respondió el astuto Salomon, mirando á Rosa con una ex-

presion, que agradeció el Coronel mas que si le hubiera dado un millon de libras esterlinas.

Concluida la conversacion se despidió Salomon para ir á instruir á Horacio de la felicidad que le aguardaba.

CAPÍTULO III.

Horacio Littleton estaba leyendo la Eneida cuando recibió la órden de marchar á Londres, y al instante se guardó el libro en el bolsillo, y subió en el carruaje que le aguardaba.

Sir Salomon cuando entró en el gabinete donde le estaba esperando el jóven le halló sentado junto á la chimenea, que apénas tenia fuego, con una mesa delante, y en ella el Virgilio, y sin que en su fisonomía se advirtiese ningun indicio de curiosidad acerca del objeto de su viaje á Londres.

No le agradó esta indiferencia á Sir Salomon, advirtiendo era la misma que no habia podido destruir desde que le hizo la última proposicion de colocarle en casa de un comercian-



te de granos, que residia en Ryegat. Sin embargo comenzó su arenga en el estilo pomposo que acostumbraba siempre que se trataba de algun nuevo plan de fortuna para alejar de su casa á su *querido* Heracio.

Comenzo hablando de sus cuidados paternales, de su terneza sin límites, y de la proteccion que estaba resuelto á continuarle ínterin le durase la vida. Se extendió con placer sobre estos diversos sentimientos, y los exagero cuanto le fue posible. Luego se fijo en las molestias que le habia dado su educacion, los gastos que le habia causado, y las sumas que todavia tendria que desembolsar; y continuo diciendo que todo esto era nada en comparacion de los rápidos progresos con que un genio como el suyo lo habia recompensado.

Horacio escuchó este discurso con

la mas fria indiferencia, puso una señal en el libro antes de cerrarle, y movió un poco los labios como preparándose á responder; pero Sir Salomon, que nada temia tanto como una respuesta que preveía iba á serle contraria, segun habia observado en la fisonomía del jóven, se dió priesa á convidarle á que al otro dia temprano fuese á verle á su gabinete, y se despidio saliendo repentinamente del cuarto. . . . . . .

Con efecto, á la mañana siguiente le estuvo aguardando en su gabinete; pero Horacio no se dio mucha priesa á realizar la cita, y cuando llego fue recibido con el mayor cariño por aquel que en secreto le aborrecia con todas veras.

El joven no manifestó ninguna gratitud, ni aun respondió con la expresion de muchas gracias á las protex-

tas de cariño que le hizo nuevamente su protector. El recuerdo de ciertas promesas solemnes arrancadas á Sir Salomon en cierta época, y cuyo efecto habia sido semejante á la luz que forman los rayos del sol reflejándose sobre la agua, que desaparece apénas se interpone una nube, habia hecho tal impresion en el corazon del jóven, y le habian dado tal grado de incredulidad, que apénas podia disimular el resentimiento de que á veces estaba agitado.

Luego que Sir Salomon acabó la pomposa relacion de sus desvelos y su cariño, y cuando se vió perdído en el laberinto de su elocuencia ordinaria, nombró la nueva plaza que preparaba al objeto de *su caridad.* La sospecha y la repugnancia se pintaron en la fisonomía de Horacio, y rehusó friamente, pero de un modo

positivo, la proposicion del caballero.

El arte mas consumado y una inalterable presencia de espíritu fueron insuficientes para refrenar la cólera de Sir Salomon. ¿ Cómo podia figurarse que un jóven en la situacion de Horacio, sin amigos, sin dinero, y aun sin algun asilo, apénas quedase privado del que le concedia su bienhechor, pudiese renunciar un empleo lucrativo en la India, si no fuese porque estaba cierto de hacer fortuna con menos trabajo dentro de su misma patria? Concluyó de esta reflexion que sus intereses, sus bienes, su Carlota, y en fin, cuanto poseía era el objeto de la esperanza y ambicion secreta del presuntuoso Horacio; é inflamado de cólera, y medio ahogado de rabia, se desfogó en un torrente de invectivas é imprecaciones; y en fin le preguntó con una voz terrible

si esperaba que le mantuviesen en el ocio toda su vida.

El rostro de Horacio manifestó la viva imaginacion que sentia, y contestó: "Señor, cuando me ofreceis un empleo, me corresponde ver si puede ó no convenirme. Yo desdeño vuestra proteccion, y os pido que creais que si la desgracia puede abatirme, nunca me arrastrará hasta el punto de degradarme á mí propio, ni sancionar una bajeza con mi propia credulidad."

Sir Salomon se sonrojó, é involuntariamente bajó los ojos para evitar las miradas del jóven, que parecian penetrar hasta el fondo de su alma. "¡Muy bien! (exclamó) ¡muy bien!... ¡Con que sancionar una bajeza!.... pero yo os conozco, Monsieur."—"En hora buena, replicó Horacio: en ese punto estamos iguales,

porque yo tambien os conozco, y perfectamente."

El color sonrosado que habia cubierto el rostro de Sir Salomon desapareció, y en su lugar se dejó ver la palidez de un cadáver: sus labios comenzaron á temblar, y todas sus facciones tomaron las señales de un movimiento todavia mas impetuoso que la rabia; y ya habia dado algunos pasos para castigar por su mano al presuntuoso jóven, cuando el Coronel entró sin haber hecho que avisasen su venida, y no se sorprendió poco al ver la violencia de su amigo, que por lo comun era tan pacienzudo, y la noble indignacion que se dejaba ver en el pálido semblante de aquel interesante jóven.

Las facciones de Sir Salomon recobraron su ordinario estado con una facilidad que no agradó mucho al Co-

ronel, quien semejante al paisano de la fábula, no podia comprender cómo el frio y el calor resultaban de un mismo aliento; pero sin embargo escuchó la apología del caballero con complacencia y atencion.

Sir Salomon, despues de muchas y muy solemnes protextas del cariño que tenia á aquel jóven, habló de la ingratitud con que le recompensaba, y añadio que el haberse negado á admitir la plaza que acababa de ofrecerle, habia excitado aquel exceso de ira de que el Coronel habia sido testigo, y de que él se arrepentia sinceramente.

"Tal vez amará demasiado su patria," dijo el Coronel mirando al jóven con señales de benevolencia, y añadio: "pues en efecto pocos son los que salen con gusto de Inglaterra."

Á pesar de la dignidad que brillaba en el rostro de Horacio, era fácil leer en sus facciones el resentimiento de que estaba animado; pero la expresiva ojeada del Coronel, y el modo franco con que le dirigió aquella reflexion, disipó la nube que oscurecia sus ojos, y no dejó en su casa sino el sello habitual de una profunda melancolía.

El Coronel observó esta mutacion repentina, y la atribuyó á alguna pasion secreta, por lo cual se acordó de los recelos de Sir Salomon acerca de su sobrina; pero cuanto mas examinaba á Horacio, mas imposible le era sospechar que pudiese tener algun designio indecoroso, ni pudo atribuir su conducta al rehusar un destino verdaderamente ventajoso, sino á la repugnancia que le costaba alejarse de un objeto amado; y bajo este aspec-

to Horacio le inspiró el mas vivo interés y la compasion mas tierna.

"Querido mio, dijo acercándose á él, y cogiéndole la mano, en las variadas escenas de la vida hay pocas circunstancias en que no nos veamos obligados á sacrificar las mas dulces sensaciones del corazon: el tiempo es muy capaz de reconciliaros con el mas cruel destino, como yo lo sé por experiencia, y de mí podreis aprender el arte de sufrir y luchar contra la desgracia, si teneis la bondad de aceptar mi proteccion."

Horacio se sorprendió: miró al Coronel, lüego á Sir Salomon, como dudando si habia entendido bien aquellas expresiones: en seguida paseo su agitada vista por toda la sala, y fijándola en el Coronel, exclamo: "¡ vuestra proteccion, señor! ¿ qué decis? ¡vuestra proteccion....!" — "¿ Qué

significa eso? respondió friamente el Coronel: ¿hay algo de extraordinario en mi proteccion? Sabed que muchos me la han pedido en vano, y nadie ha rehusado admitirla."

Horacio no podia hablar; las nubes que obscurecian sus hermosos ojos se fueron disipando: se limpió el sudor que cubria su frente, puso la mano en su corazon, y comenzó á llorar amargamente.

"¿Qué diablos de farsa es esta?" exclamó Sir Salomon lleno de enojo; pero el sensible Coronel, pensando que el jóven lloraba por un amor sin esperanza, dirigió á Sir Salomon una mirada, como implorando su piedad; pero antes de que hablase leyó en sus ojos una respuesta negativa. Entonces, pensando en la posicion crítica en que se hallaria si insistia mas, y acordándose de su Rosa, dijo á

Horacio: "yo siento, caballerito, la aversion que mostrais á recibir mis ofertas; pero en caso de que"....
"¡Aversion, señor! exclamó el jóven vivamente agitado: ¡aversion! ¡Ay Dios! no conoceis el corazon que cifraria su mayor gloria en sujetar todas sus facultades á las órdenes del Coronel Buhanum. ¡Aversion! ¡cómo! ¡adquirir por protector á un hombre semejante! La desesperacion de no gozar nunca de tal felicidad es la que ha amortiguado en mi pecho el noble entusiasmo de la juventud, cubriendo á mis ojos con un fúnebre velo las brillantes ilusiones de la vida: yo pasaba lánguidamente la mia en una monótona indolencia, sin mas esperanza que la de hundir mi dolor en el seno de un sepulcro. ¡*Oh, señor, decidme, repetidme otra vez que sereis mi protector*! Habeis pronuncia-

do el nombre patria: ¡ay Dios! la Inglaterra puede ofrecer atractivos á los que tienen parientes ó amigos; mas para mí que soi un desgraciado, pobre, sin asilo, y desprendido de esa cadena dichosa que forma las delicias de las familias y de las sociedades; para mí será patria aquel pais donde pueda olvidar mi miseria. Creed, señor, que soi todavia capaz de experimentar aquel sentimiento de dignidad que conviene al hombre, y que protegido por vos sabré hacer frente á todos los golpes del destino." — "De ese modo, dijo el Coronel con mucha expresion, yo habré adquirido un hermano para mi hija: ¿no es así, amigo mio? Sí, yo seré tu protector, tu padre, y mi Rosita será tu hermana."

Tan fuerte fue la sensacion que experimentó Horacio oyendo estas pa-

labras, que se vió obligado á salir de la sala, y el Coronel felicitó á Sir Salomon de que su sobrina no se hallaba en tanto riesgo como había ponderado.

Si el Coronel hubiera sido tan buen conocedor de los motivos secretos de las acciones de otro, como era diestro siempre que se trataba de cosas de honor y de delicadeza, hubiera concebido algunas sospechas de resultas de la escena que acababa de presenciar; y el placer con que Horacio se separaba de su protector no hubiera dejado de darle algunos temores, viendo que dejaba á Rosa al cuidado de un hombre que habia sabido inspirar tan poca gratitud á su pupilo.

Por fin Horacio, bien equipado, y colmado de favores por parte de Sir Salomon, dejó el explendor de St. James-Square, y paso á ser uno de los

mas dichosos individuos de la familia del Coronel algunos dias antes de que el navío se hiciese á la vela para las Indias orientales.

Aunque Rosa hubiese sido tan fea como Mistress Feversham se empeñó en hacerlo creer, y tan ignorante como cuando pedia limosna, bastaba á Horacio que fuese favorita del Coronel para hacérsele amable é interesante; pero la verdad nos obliga á convenir en que Rosa era una de las mas bonitas é interesantes niñas, que podian presentarse: asi Horacio bien pronto se vió obligado á amarla, y despues á estremecerse contemplando cuál seria su suerte.

Durante este intervalo parece que Sir Salomon no pensó sino en dos cosas: la primera, hacer creer al Coronel todo lo que entonces decia de Rosa, y la segunda borrar de la me-

moria de Horacio todo lo que anteriormente habia dicho de ella: en cuanto al Coronel lo consiguió perfectamente; pero le fue imposible lograrlo respecto á Horacio. Entre las muchas anécdotas que sin cesar ocurrian á la memoria de éste, ocupaban un lugar distinguido los epítetos de oprobrio de que Sir Salomon se servia siempre que hablaba de la *querida Rosita*, que parecia ser entonces el objeto de su mayor terneza. El desprecio con que habia hablado de la locura del Coronel por haber adoptado una pordiosera formaba un contraste tan decidido con las lisonjas y adulacion, que al presente salian de su boca todas las veces que se presentaba ocasion de hablar de ella, que Horacio, bien convencido de la felonía de Sir Salomon, se inquietaba vivamente cuando pensaba en la suer-

te que aguardaba á la pobre niña.

Sin embargo, ¿qué podia hacer para evitarlo? Apénas acababa de recibir el favor y confianza de un hombre pundonoroso, ¿y habia ya de dedicarse á descubrir sus sospechas, que no siendo mas que sospechas podian ser puestas en duda? Siendo cierto que en realidad debia algunos favores á Sir Salomon, ¿cómo habia de convencer al Coronel de que solo un acto de humanidad le hacia desacreditar á su antiguo protector? Por otra parte Horacio, ¿cómo podia lisonjearse de que el íntimo conocimiento que poseía del carácter de Sir Salomon se haria tan familiar á los otros, sin que pudiese apoyar con alguna prueba la desconfianza que pretendia inspirar? No: todo esto era imposible.

La interesante Rosita llegó á ser un objeto de compasion para Horacio

y con un verdadero sentimiento se vió obligado á ocultar que con mas gusto la hubiera visto abandonada á su propia suerte, que no fiada á un hombre tal como Sir Salomon.

La paternal solicitud del Coronel y su vigilante cariño habian producido la mas feliz mudanza en Rosita, borrando hasta los menores rastros de la indigencia en que se habia criado; con todo, aunque la memoria de lo pasado no hubiese dejado tan profundas impresiones en el alma de esta niña como en la de Horacio, suponia, con razon, que los malos tratamientos ó la negligencia la llegarian á ser infinitamente mas sensibles, que si nunca hubiese variado su primera situacion. Tales eran las melancólicas reflexiones de Horacio siempre que las demostraciones del cariño actual de Sir Salomon hácia Rosa le

acordaban su conducta anterior.

Sin embargo, la multitud de negocios que ocurrieron impidieron á Horacio entregarse á sus ordinarias reflexiones. El navío que debia conducirlos á la India habia bajado á Gravesend, é iba á parar al instante á las Dunas, donde el Coronel y su familia se proponian alcanzarle; y como Horacio no podia lisonjearse de manifestar sus sospechas acerca de Sir Salomon sin incurrir en la nota de ingrato, y sin destruir la confianza del Coronel en un tiempo en que ya no podia variar la situacion de Rosa para mejorarla, abandonó á su idea, y se ocupó en arreglar sus cosas, é igualmente las del Coronel.

John, siempre inclinado á hacer bien, y acordándose de que James, el criado del capitan Macpherson estaba desacomodado, habló de él con

tantos elogios al jóven Littleton, que le obligó á que le enviase á llamar; pero James habia ya encontrado amo, y John sintió que Horacio no pudiese servirse de este buen muchacho, que como él decia no era de los de estos tiempos.

Conforme se iba acercando el dia de una separacion, acaso eterna, se iban estrechando los lazos que unian los corazones de la familia del Coronel; es decir, entre él y Rosa, y entre John y Betty. Rosa estaba casi siempre sentada en las rodillas del Coronel; y John, sentado constantemente junto su amante desconsolada, enjugaba sus lágrimas, y participaba de su afliccion.

El Coronel, despues de tres horas de conversacion con la niña, llamó para pedir un vaso de agua, y John que todo aquel tiempo habia estado

escuchando las lamentaciones de Betty, entró en el cuarto de su amo, puso el vaso sobre la mesa, y lanzó un profundo suspiro.

"Amigo John, le dijo el Coronel, el único consuelo que encontré antes de haber hallado á mi Rosita le debí á tí, á tu fidelidad y á tu zelo: tú tienes un corazon digno de los hombres de bien."

John se inclinó, acercó su mano á la corbata, y tomó una postura teatral; pero bien pronto la memoria de Betty vino á desterrar de su pensamiento la idea de Shakespeare. Sus ojos se llenaron de lágrimas, que enjugó con el revés de su mano izquierda, y dejó caer la derecha que tenia apoyada en el pecho.

"Esta interesante niña, continuó el Coronel, se me presentó en aquel camino por un decreto particular de

la Providencia." — "Seria sin duda para impedir su muerte, respondió John;" á lo que replicó el Coronel, "mejor dijeras para impedir la mia."

El Coronel acostumbraba á tratar á su criado con cariño; pero sin familiaridad. Jamás habia franqueado su corazon á nadie, ni aun á John, que entonces se hallaba en pie delante de su amo, sin atreverse á respirar de miedo de no interrumpir la expresion patética que veía pintada en el rostro y en la postura del Coronel.

"¡Ah John, no sabes cuántos estragos ha hecho en mi pecho la negra ponzoña!" — "¡La ponzoña! exclamó John: Dios por su infinita misericordia nos libre de ella." Una sonrisa melancolica se divisó en los labios del Coronel, y continuó diciendo: "¿qué bienes me ha producido el haber recobrado la salud? Es-

ta no hará mas que prolongar la duracion de mis penas; pues no tengo ni patria, ni amigos, ni...."—"Señor; exclamó John, empinándose cuanto pudo, y mirándole con expresion: vos sois escocés, y nadie en el mundo tiene mas amigos que un escocés: todos vuestros compatriotas no procuran sino servirse mútuamente: de cada veinte hombres de los que consta nuestro regimiento hay diez y nueve escoceses, y jamas he oido ni siquiera hablar mal de su pais."

Este elogio de Escocia y de los escoceses fue absolutamente perdido para el Coronel, que levantó al cielo sus ojos llenos de lágrimas, y exclamó: "¡Oh, padre, mi respetable padre, mi mui amado padre! ¿por qué has clavado un puñal en el corazon de tu hijo?"—"¡Un puñal! exclamó John, ¿que crímen es ese?

¿Un padre clavar un puñal en el corazon de su hijo, de su propio hijo?".

El Coronel se limpió el sudor frio, que brotando desde su corazon pasaba á inundar su rostro, y dijo: "esta niña, esta pobre niña, miserable y desamparada como la recogí, tiene un encanto tan inexplicable en todas sus acciones, y un poder tan grande sobre mi corazon, que cuando contemplo sus facciones, observo los progresos de su alma, y escucho sus inocentes expresiones, experimento una sensacion dulce y melancólica, que borra de mi memoria las crueles desgracias que emponzoñaron mi existencia: lo pasado y lo por venir es como si no fuese para mí en el delirio del momento; pero ese maldito doctor...." — "Chiton, dijo la niña poniendo su manita en la boca del Coronel, ¿no os he dicho que no pro-

nuncieis esas palabras feas? ¿no me habeis prometido no hacerlo?

El Coronel apretó con sus labios la manita de Rosa, y continuó diciendo: "sí, ese miserable doctor me ha despertado de un sueño muy agradable, haciéndome entender que apenas me ponga en camino mi Rosita volverá...." Aquí apénas se pudo entender lo que decia: tal era la emocion de su alma, y sus ojos se llenaron de lágrimas para pronunciar: "volverá á verse abandonada en el mundo, sin proteccion y sin amigos." — "Es verdad, señor, respondió John con cierto aire de tristeza: tal vez su miserable madre podrá volver, y hacerse cargo de ella." — "El diablo me lleve antes que eso suceda", exclamó el Coronel, y al punto la manita de Rosa volvió á taparle la boca, y él volvió á besársela con mas

terneza que antes. "Los bienes que poseo, continuó el Coronel, han sido adquiridos honradamente; mi pariente mas cercano es mi heredero, segun la ley, y yo le conozco, y le estimo bastante para haber querido encomendarte á sus cuidados; pero esta niña ha cambiado todos mis proyectos: yo quiero hacer un testamento, y entonces pensaré tambien en tu suerte."

John se limpió las lágrimas y dijo: "pues qué, señor, no habeis estado siempre pensando en mi suerte?"—"Tu tienes las dos cartas que te entregué dirigidas al Mayor Buhanum."—"En mi maleta están."—"Yo quiero escribir por mi mano el testamento, y luego que esté hecho, podrás romper ó conservar esas cartas, segun te acomode."

John se esforzó á hacerse superior

á la emocion que experimentaba, y respondió que ejecutaria siempre las órdenes del Coronel, aunque para ello expusiese la vida; "pero señor, continuó, yo soy un simple aldeano, no necesito de nada, me contento con poco, y toda mi ambicion se reduce á vivir y morir al lado de tan buen amo." El Coronel le miro afectuosaте, mojó su pluma en el tintero que tenia delante, y John dijo: "El hombre debe sufrir durante su carrera no solo en el momento presente, sino cuando aun está concluyendola. ¿Y qué es la vida?

»Es sombra fugitiva,
»Es un largo papel harto dificil,
»Que en el vasto teatro de este mundo
»Desempeñan los hombres
»Hasta el momento que la muerte viene,
»Y de la eternidad el telon suelta,
»Quedando así la escena ya disuelta."

Nunca John estuvo mas templado para recitar versos, ni jamas su mano derecha accionó con mas gracia; y sus sensaciones estaban tan de acuerdo con Shakespeare, que todavia le quedaban media docena de citas: y en efecto, ya iba á servirse de ellas, cuando el Coronel, acercándose á la mesa, dijo que se retirase, y llevase consigo á Rosa.

"¿Con que va á hacer su testamento? (dijo Betty luego que vió á John) pues amigo mio, yo pienso que deberiais haber hecho por los demas lo que hubierais querido que se hiciese por vos; esto es, haberle hablado de mí en un momento tan importante, porque casi me atrevo á decir que el amo no vive un año." — "Dios nos libre de esa desgracia," exclamó John; y ella contexto: "ya conocereis que yo estoy muy lejos de

desearlo; pero como el amo parece un esqueleto mas que un hombre, y como ahora trata de su testamento, deberiais haber pensado en mí." John no adivinaba por que medio Betty estaba tan instruida en cuanto se hacia, y así admiraba la profunda sagacidad que desplegaba en todas circunstancias: embebido en esta idea se hallaba cuando el Coronel tocó la campanilla. John se presentó en el gabinete, y el Coronel le mandó pusiese su firma en el testamento al lado de la del dueño de la posada, y hecho esto se cerró y selló aquel testamento en presencia de los dos testigos. Concluido este negocio se manifestó mas alegre, y aun redobló sus cariños respecto á la niña.

Mientras pasaba esto en casa del Coronel, Sir Salomon habia estado disponiendo lo necesario para la ad-

mision de Rosa en la escuela de las inmediaciones de Penrry, y aseguró al Coronel que habiendo guardado el mas profundo silencio en cuanto al orígen de la niña, y hallándose enteramente desfigurada, y ademas teniendo otro nombre, era imposible que nadie conociese era aquella la niña mendiga. Como el Coronel era sumamente escrupuloso en este punto, Sir Salomon no perdonó cosa alguna para satisfacerlo, y lo consiguió completamente.

Sin embargo, aunque le sirvió de mucho consuelo ver establecida á Rosa en la escuela de Penrry, no pudo resolverse á separarse de ella hasta el último momento, y así en el corto intervalo que le quedaba no pensó sino en la niña que habia podido dulcificar las desgracias de su existencia.

Llegó por fin el dia fatal en que el contramaestre del navío avisó que acababa de recibir las últimas órdenes, y que estando el viento favorable iba á hacerse á la vela. Al punto dispuso que á la mañana siguiente estuviesen prontas dos sillas de posta, una para el Coronel y su criado, y otra para Horacio y el zeloso caballero Mushroom, que se empeñó en que habia de acompañar á sus dos *queridos amigos* todo el tiempo que estuviesen en territorio de la Gran Bretaña; y para evitar todo retardo al momento de la partida se quedó aquella noche á dormir en la misma posada.

Púsose la mesa para cenar, y al punto se presentó Jayme Buchan vestido con la librea del Coronel, y fue muy despacio á colocarse cerca del aparador. — "Dios me asista," ex-

clamó John dejando caer un plato que iba á poner sobre la mesa; pero antes de que empezasen á cenar el Coronel le dijo: "dame la mano, amigo John: tú ya no eres mi criado."

Es de saber que el Coronel desde el dia en que involuntariamente se halló testigo de la interesante escena entre John y Betty habia tomado en secreto sus disposiciones; pero el pobre John, que no tenia los ojos de lince de su querida para descubrir el pensamiento del Coronel, no habia sospechado cosa alguna de un proyecto tan contrario al que sinceramente tenia formado, estando resuelto á dejar la muger que tanto amaba solo por seguir á su amo. Admirado pues y confundido de lo que acababa de oir, y oprimido su corazon con la aparente ingratitud del Coronel, exclamo: "Mi amo puede sin duda des-

pedirme de su casa, pero no del regimiento sin un juicio formal en la *cour martiale* (*). John nunca fue hombre capaz de.... me atrevo á decirlo.... capaz de volver la espalda al enemigo, ni de apartarse del camino del honor; y si.... si.... si ya debo separarme de vos...."

Aquí le faltó al pobre toda su retórica, porque su corazon acongojado le impidió hablar mas, é involuntariamente cayó de rodillas, extendió sus brazos, y empezó á llorar amarmente.

"Levántate, mi bizarro camarada, dijo el Coronel: sí, yo repito que ya no eres mi criado; pero eres y serás siempre uno de mis primeros amigos."—"Pero, mi querido Coronel, dijo John pronunciando con én-

(*) Consejo de Guerra.

fasis la palabra *Coronel*, ¿quién me ha retirado del servicio? ¿qué he hecho yo para eso? Si he faltado á mi obligacion, ó he desobedecido algunas órdenes superiores, castigadme, haced que se me ponga en las últimas filas del regimiento, matadme.... pero si muero sirviéndoos, mi último suspiro me será aun delicioso."

Despues de algunos minutos de silencio Sir Salomon se acercó para no perder una sílaba de cuanto pasaba. Horacio salió precipitadamente de la pieza, y el pobre John añadió suspirando aquellos versos de su autor favorito:

"Si de tí me separo,
»Ya vivir no me es dable,
»Y la muerte á tu vista
»Es un sueño agradable."

—"John, vuestras palabras me

afectan demasiado, dijo el Coronel, y ya me siento malo. ¿Podias tú pensar, amigo mio, que despues de la escena que presencié entre tí y esa pobre muchacha, preferiria mi propia ventaja á tu felicidad, y querria alejarte de tu amada? No: es preciso que te cases con ella."—"Señor, respondió John con cierto aire sombrío, el matrimonio es una empresa muy peligrosa. Cuando un hombre se embarca para las Indias por lo menos entrevee el término de su viaje; no duda que tendrá que luchar contra ciertas tempestades, ó que morirá antes de llegar á su destino, y de este modo casi puede responder de su suerte: pero en el matrimonio..."—"John, respondió Sir Salomon, ¿creeis que la bonita Mistress Betty aprobará vuestros argumentos contra el matrimonio?"—"Señor, ella nunca pensó

que yo dejaria á mi amo para casarme:" esto respondió John, y en seguida se esforzó á manifestar que era mejor hacer un viaje á las Indias que casarse; pero el Coronel lo interrumpio diciendo: "Tus discursos, querido John, no persuadirán á nadie, porque son contrarios á tus mismos pensamientos." — "No pretendo negar mi amor á Mistres Betty, replico él; pero, señor, ¿puedo yo abandonar mi regimiento? Vos mismo, delante de Miss Rosa, ¿no me dijísteis el otro dia que un soldado no debe estarse descansando cuando sus camaradas están al frente del enemigo? No, no: yo estoy seguro de que mi noble Coronel no querrá que John Brown desampare su puesto mientras que el tambor esté tocando en el campo del honor." — "Sientate, amigo mio, dijo el Coronel cogiéndole

por la mano, siéntate, y oye de qué modo puedes hacerme el mayor servicio, y contribuir á la felicidad de tu amo, sin faltar á tus deberes."

John obedeció sin responder nada, y el Coronel continuó: "En primer lugar aquí tienes tu licencia absoluta...." John suspiró, é involuntariamente retiró su mano cuando le presentó la licencia el Coronel, quien prosiguió: "En segundo lugar ya sabes cuál es mi cariño á la niña que he adoptado."—"Dios os colme de bendiciones por los favores que la habeis hecho. ¡Pobre niña, verdaderamente es digna de que se la quiera!"—"Ahora bien: ya sabes que no puedo llevarla conmigo."

Aquí Sir Salomon redobló su atencion.

—"No podeis llevarla, es cierto, respondió John."

—"Sir Salomon me ha prometido servirla de padre." (Sir Salomon se inclinó). —"Deseo que cumpla su palabra," respondió John, y Sir Salomon se puso colorado. —"Confio que no faltará á ella," dijo el Coronel; y Sir Salomon se inclinó de nuevo, diciendo que *no*. —"Pero Sir Salomon no es inmortal, añadió el Coronel, y puede morir."

Poco faltó para que Salomon dijese tambien que no, y John respondió: "Es verdad que el jóven puede morir, pero el viejo no puede vivir."— Y entonces, dijo el Coronel, "¿quién servirá de padre á mi Rosita?"— "Ya os he dicho, respondió John, que podiais fiaros de Betty, que es una muger excelente."—"Sí, amigo John, convengo en ello; pero ¿quién será el que cuide de esa misma Betty? Si ella no tiene un esposo, tendrá nece-

sidad de un padre."

John suspiró, y el Coronel dijo: "He aquí cuál es mi decision: Betty debe casarse:" y respondió John llorando de nuevo: "Betty tenia tantas esperanzas de volar, como de ver que vos me despidiéseis." — "No me atormentes mas, amigo mio, dijo el Coronel con tono afectuoso: yo no te he despedido, no hago mas que mudar la naturaleza de tu servicio, y te constituyo á tí y á tu muger como guardas de mi hija adoptiva bajo la direccion del caballero Mushroom." — "Todo eso es bellísimo, replicó John esforzándose á serenar; pero ¿quién os asistirá en vuestros males y crueles ataques de nervios? ¡Ah, señor, señor! entonces pensareis en vuestro pobre John, y él no estará allí para cuidar al mas querido y al mejor de todos los amos." Al acabar

estas palabras John lanzó muchos suspiros, que no le fue posible detener, y el Coronel dijo: "Yo pensaré siempre en mi digno y honrado John; pero si yo no me pongo en camino bien tranquilo sobre la suerte de Rosa, no solamente serán mas fuertes mis ataques de nervios, sino que llegarán á quitarme la vida: así no me hagas mas objeciones sobre este punto: cásate con Betty cuanto antes: he aquí un regalo para empezar á establecerte; si no tienes bastante, Sir Salomon queda en el encargo de darte cuanto necesites. Yo he dispuesto que traigan de á bordo tu equipage. Dios te eche la bendicion como yo te echo la mia con todo mi corazon. Ya ves que jamas he pensado despedirte, como tuviste la injusticia de creer: vamos, anda á enjugar las lágrimas de tu querida, y aguárdame despues de cenar. Bu-

chan quedará aquí para servirnos."

Anda á enjugar las lágrimas de tu querida fue la frase que llegó á los oidos de Betty cuando su curiosidad, y la extrañeza de haber visto entrar á Buchan con la librea del Coronel, la llamaron á su puesto favorito del agujero de la cerradura.

John se fue, y acercó á Betty con un semblante triste y abatido, llevando en la mano un papel medio impreso y medio escrito, sobre el cual ella fijó su vista; pero el pobre John habia olvidado todas las particularidades de la conversacion del Coronel, y no pensaba sino en la licencia que acababa de recibir, y así llevaba maquinalmente en la mano un billete de banco, sin saber cuál era su valor.

"¿De cuánto es?" exclamo Mistress Betty; y esta pregunta obligo al afligido John á darla cuenta de cuan-

El Coronel recomendó á Rosa á los cuidados y cariño de Betty, la exhortó á desempeñar los deberes de buena esposa con el hombre mas honrado que existia en la tierra; y despues, no pudiendo ya resistir á la conmocion que en sí mismo sentia, la deseó toda suerte de felicidades, y la hizo señas de que se retirase.

Betty repitió sus profundas cortesías, y cuando ya iba á tomar la puerta se detuvo, y preguntó: "¿con que mi amo tiene intencion de regalarme todos estas bellas cosas? ¿*todas*?"

El Coronel acababa de ver, y acaso por la última vez, al fiel criado que habia sido su único consuelo en tantas ocasiones de amargura; es decir, que su corazon no estaba capaz de notar el contraste que habia entre John y su futura esposa. Aver-

gonzándose de las lágrimas que corrian por sus mejillas, y que no podia ocultar á Betty, la respondio sobre la marcha: "sí, sí, todo, todo: id, hija mia, Dios os dé su bendicion." Betty hizo como que se enjugaba los ojos, y salio del gabinete.

Las sensaciones del Coronel eran tan fuertes y dolorosas, que pensó marchar inmediatamente, temiendo ver de nuevo á su fiel criado. Comunicó la idea á Sir Salomon y Horacio, los que la aprobaron, aunque por diferentes motivos. Sir Salomon salió para disponer que viniesen al intento las sillas de posta, y el Coronel se retiró para escribir á John despidiendose de él: luego fue á la alcoba donde Rosa dormia profundamente, la abrazó con toda la expresion de un corazon devorado por los mas vivos pesares, la beso en los labios, en los

á Sir Salomon, repetiendo sereis *bendito* ó *maldito*. El caballero pronuncio entre dientes algunas palabras, y despues dijo con firmeza *amen*, *amen*.

Poco despues el Coronel con Burchan entró en una silla de posta, y Sir Salomon y Horacio se colocaron en la otra: los postillones, que ya tenian la órden, hicieron partir los caballos, y en un minuto el mas sensible, el mas tierno de los bienhechores, el mas sincero de los amigos, el mas generoso de los amos desapareció de la vista de aquellos para quienes era la gloria y la felicidad.

CAPÍTULO IV.

Con razon habia previsto el Coronel Buhanum que quedaria poco tiempo para hablar cuando llegasen al puerto, pues siendo como era bueno el viento, y estando ya el navío á la vela, tuvieron que embarcarse inmediatamente los pasageros. Sir Salomon, despues de haberse despedido tiernamente, y dado el último á Dios á sus dos amigos, volvió á entrar en su silla de posta, tomando el camino de Londres: envolviose en su sobretodo, púsose á un rincon del carruage, y se abandonó á sus reflexiones. Jamas habia hecho viaje tan agradable como en aquel momento: no precisamente porque lo hermoso y seguro del tiempo comunicase tanta serenidad á su espiritu, pues la lluvia

descargaba con violencia contra los vidrios de la silla, el camino era malo, y la perspectiva oscura por la mas densa niebla; sino porque la travesía del puerto de Deal á Londres le pareció tan rápida como un relámpago; hacia treinta horas que estaba ausente de la Metrópoli, y las diez últimas se le habian pasado en las reflexiones mas agradables, cuyo asunto era exactamente el que sigue:

Habia sabido sin gastar un scheling descargar su conciencia de un objeto, que no era pequeña carga para ella: hallábase ya libre de ciértos temores que le habian hecho pasar horas bien crueles, y despues de esto sus sobrinas no estarian ya expuestas al peligro de ver á un joven tan interesante, y que sabia conciliarse con sus prendas y su merito el afecto de todos aquellos cuyo corazon no

estaba empedernido con los artificios de la avaricia y el orgullo.

Ya podia jactarse sin que nadie le desmintiese de lo que habia hecho para asegurar la suerte de una persona que era tan querida de su familia, y tan respetada de sus vasallos. Iba pues á extender la voz de su beneficencia con su jóven protegido: á hablar de los sueldos que le habia hecho obtener, y de la considerable cantidad que acababa de expender para los gastos de su viaje. Hallaba un medio de satisfacer su odio contra el Coronel, pues no dejaria de hacer creer á todos que el tierno interes que experimentaba por su querido Horacio habia podido solamente obligarle á cultivar la amistad de un hombre, que el mismo se habia confesado culpable de un homicidio, y encargarse de tener cuidado de una

la villa, y aun la de todos los de la comarca? Por otra parte ¿un hombre que se tiene por prudente hace nunca una promesa sin que en ella haya alguna restriccion mental en favor de su propio interes? No ciertamente: y Sir Salomon podia dar una prueba convincente de ello.

Á su llegada á la fonda se dirigió al cuarto en que solian estar John y Betty; pero en la plenitud de la alegría que habia experimentado cuando se entregó á sus reflexiones se habia escapado una terrible circunstancia, cual era aquella cláusula que le obligaba á dividir los cuidados de su tutela con gentes de la especie de John Brown y Betty Clarck, lo que probaba que el Coronel no habia tomado tan pocas precauciones como el caballero habia querido creer. Su satisfaccion secreta quedaria cruelmen-

te aterrada si hubiera podido preveer cuán dificil seria hacer útiles á sus planes el carácter simple y honrado de John, y la variedad y avaricia de Betty Clarck.

Halló á John sentado sobre su cama, los ojos inclinados al suelo, llorando amargamente la separacion del mejor de los amos, y quejándose de que hubiese podido partir sin su fiel criado.

"Vamos, John, le gritó: ánimo, amigo mio, ¡qué, un soldado se queja así como un niño! Vamos, vamos, enjuga tus lágrimas, y hazme ver que no dejas de ser digno de mi estimacion."

John levantó un poco la cabeza, y continuó sus sollozos y quejas sin dignarse responder á Sir Salomon. "¡ Dios mio! exclamó Betty, ¿habeis perdido el juicio? ¿no veis que es el caballero Mushroom el que os habla?"—

"¡Ay de mí, Betty! respondió John: un corazon sobrecargado de su pena no puede tener otro lenguaje que el del dolor."

Inmediatamente volvió á bajar los ojos, y guardó silencio.

Sir Salomon se sentó, y Betty continuó muy ocupada, y alborozada en lo único qúe habia llenado todo su tiempo y cuidados desde la salida del Coronel; es decir, que estaba arreglando con la mayor complacencia los magníficos regalos de su amo; y no podia ocultar su gozo conforme iba reparando cada cosa. Examinaba su calidad, calculaba su valor, y estimaba el precio que se podria sacar de aquellas alhajas, entre las que habia muchas de la India, y cuyo uso no conocia Betty. Sir Salomon pensó cuánto mejor hubiera sido que aquellas cosas hubiesen acompañado á

las dos mil libras esterlinas que tenia en su poder; pero como esto no era posible propuso un plan, que agradó infinitamente á Mistress Betty.

Este era el de comprar en memoria de su digno amigo el Coronel la escribanía de plata, los candeleros, y una soberbia cafetera, que venian á ser harto inútiles para el establecimiento de la esposa futura de John, y la ofrecio por ellos una cantidad, que á pesar de que no fuese la mitad del valor de estos objetos, era tan superior á lo que ella esperaba, y aun á lo que jamas habia poseido, que el negocio fue aceptado con reconocimiento, concluido, el dinero contado, y los efectos transportados al coche de Sir Salomon, mientras que John continuaba llorando la ausencia de su amo querido.

Cuando se terminaron todas estas

disposiciones, y Sir Salomon se fue, Betty, por no saber que hacer, pensó en el pobre John, á quien habia abandonado hasta entonces á toda la amargura de su dolor, y que no habia tomado alimento ni descanso alguno desde la partida del Coronel. Habia estado tambien tan embebida en las agradables ocupaciones que hemos referido, que la pobre Rosita hubiera padecido igual suerte que John si no hubiese tenido maña para hacerse amigos, no solo en los criados de la posada, sino tambien en la misma dueña, que tenia la mas tierna compasion de una niña tan querida del Coronel, y tan prontamente olvidada de las personas en quienes aquel habia puesto su confianza.

Viendo Betty el poco fruto de sus súplicas á su querido John para que no pensase mas en una desgracia ir-

reparable, tuvo que recurrir á su pañuelo, que se aplicó al rostro para ocultar sus ojos, y no sus lágrimas, y en seguida protextó que á pesar de la ternura vivísima que la penetraba, y del cruel dolor que hubiera martirizado su pecho si John hubiese marchado, hubiera esperado siete años, catorce, y aun mas, si es que era posible, antes de ver embarcar á un tan buen amo sin un criado que conocia tan bien su temperamento y sus hábitos, si el mismo señor no lo hubiera exigido.

Inmediatamente fue sin detenerse (deseosa de que John olvidase su dolor) á buscar un vaso de *punch de Harrach*, que era el licor favorito de John, y de que el Coronel habia dejado una amplia provision. Presentóselé del modo mas halagüeño, y John no quiso desairar á Betty; pero su ca-

beza, ya flaca y debilitada por el dolor, no pudo sostener el efecto de esta bebida: sus ojos se cerraron, y cayó en un profundo sueño.

Cuando volvió de este entorpecimiento pasagero, que le habia quitado por algunos instantes la memoria de su dolor, le fue imposible levantarse. Los vapores del licor que habia bebido, la privacion de un descanso tranquilo desde la ida de su amo, sus sentimientos, que eran y se hacian mas penetrantes á cada minuto, le causaron calentura y un gran dolor de cabeza, cuyo penoso estado se le aumentó á la vista de Rosa, que habiendo estado bastante distraida el primer dia de la marcha de su bienhechor, comenzó á sentir su ausencia, y entró en el cuarto de John para preguntar á dónde habia ido su querido papá.

Betty, que habia seguido los pasos de la niña, llegó cuando estaba haciendo esta pregunta; y respondió muy fresca que habia partido para la India. Rosa echó á llorar sin consuelo. "No lloreis, Miss, la dijo Betty: si mi amo no vive bastante para volver de la India, no por eso tendreis que volver á pedir limosna, porque ya ha tenido cuidado de asegurar vuestra suerte. Sir Salomón es un hombre que lo entiende, y dice se pueden apostar diez contra uno á que mi amo no llega vivo á la India, y aun suponiendo que llegue á ella, es imposible que pueda vivir mucho tiempo en aquel país con una salud tan quebrada como la suya, con que así....."

El discurso consolador de Mistress Betty fue interrumpido por John, que saltó precipitadamente de su cama,

y por la caida de Rosa al suelo al desmayarse. Betty empezó á chillar. Era en verdad bachillera, algo maliciosa y egoista; pero su corazon no era insensible, y tenia realmente afecto á las dos personas á quienes acababa de dar un golpe tan terrible.

La pobre Rosita, que nada comprendia de todos los cálculos de Sir Salomon, entendió solamente que su bienhechor se habia ido, y que ya no le volveria á ver mas. Esta idea la causó un sobresalto tan grande que perdió el conocimiento. John la cogió en sus brazos, lanzó á Betty una mirada furiosa, y la dijo que ella habia muerto á la pobre niña. Betty continuó dando chillidos, y repetia arrancándose los cabellos: "¡ Está muerta! ¡ Dios mio, Dios mio! ¡ está muerta!" Sus clamores resonaron en toda la casa, y no tardaron en

causar en ella el mayor alboroto.

Sir Salomon, cuyo espíritu industrioso se entregaba pocas veces al descanso mientras que le quedaba aun algo que hacer, estaba entonces de vuelta en la posada, donde, despues de haber tenido una conversacion con Betty, se hallaba leyendo tranquilamente los diarios cuando oyó aquella gritería: levantose con precipitacion, y siguió á la gente que entraba en el cuarto de John.

"¡Muerta! exclamó el caballero: ¡cómo es eso!... ¿qué es lo que decis?.... eso es imposible." Sir Salomon conocia que un accidente semejante seria demasiado prematuro, y podria descomponer todos sus designios; pues aun no estaba bien distante el Coronel para que no pudiese llegarle esta fatal noticia, y entonces seria preciso devolverle los billetes de

banco, y desprenderse del testamento. De aquí es que hizo reconvenciones tan severas á Betty, y se aplicó con tanto ardor á hacer volver en sí la niña, que la esposa futura de John exclamó: "vaya, es imposible que no hayais aprendido de mi amo á ser tan sensible y caritativo."

Sir Salomon comprendió la insolente alusion de Betty: vió que ésta juntaba á la vanidad y á la avaricia una cierta malicia, y aun una penetracion, de que no la habia creido capaz, y resolvió sacar partido de este descubrimiento.

Rosa volvió en sí finalmente, y ocultó su rostro en el seno de John. El tierno y afectuoso Sir Salomon la cogió entonces en sus brazos; y la niña, gozosa de verle, le preguntó si era cierto que su papá se habia ido, si habia dejado á su pobre Ro-

sa, y si jamas volveria á verle.

Sir Salomon lanzó una mirada terrible á la ya afligida y trémula Betty, y poniendo á Rosa en el suelo con el mayor afecto la dijo que el Coronel solo se habia ido por algunos dias, que no tardaria en volver, y que entretanto ella iria á pasear todos los dias en coche al campo, donde tendria otras niñas con quienes jugar.

El dolor no puede hacer impresiones profundas en el espíritu movible y aun no formado de la infancia, para lo cual no es sino una nube ligera que oculta y encubre por algunos instantes á su vista la risueña perspectiva de que está continuamente rodeada. Satisfecha Rosa con la esperanza de ver otra vez la persona á quien ya tenia bastante apego, se volvio á animar su precioso rostro con

banco, y desprenderse del testamento: De aquí es que hizo reconvenciones tan severas á Betty, y se aplicó con tanto ardor á hacer volver en sí la niña, que la esposa futura de John exclamó: "vaya, es imposible que no hayais aprendido de mi amo á ser tan sensible y caritativo."

Sir Salomon comprendió la insolente alusion de Betty: vió que ésta juntaba á la vanidad y á la avaricia una cierta malicia, y aun una penetracion, de que no la habia creido capaz, y resolvió sacar partido de este descubrimiento.

Rosa volvió en sí finalmente, y ocultó su rostro en el seno de John. El tierno y afectuoso Sir Salomon la cogió entonces en sus brazos; y la niña, gozosa de verle, le preguntó si era cierto que su papá se habia ido, si habia dejado á su pobre Ro-

sa, y si jamas volveria á verle.

Sir Salomon lanzó una mirada terrible á la ya afligida y trémula Betty, y poniendo á Rosa en el suelo con el mayor afecto la dijo que el Coronel solo se habia ido por algunos dias, que no tardaria en volver, y que entretanto ella iria á pasear todos los dias en coche al campo, donde tendria otras niñas con quienes jugar.

El dolor no puede hacer impresiones profundas en el espíritu movible y aun no formado de la infancia, para lo cual no es sino una nube ligera que oculta y encubre por algunos instantes á su vista la risueña perspectiva de que está continuamente rodeada. Satisfecha Rosa con la esperanza de ver otra vez la persona á quien ya tenia bastante apego, se volvió á animar su precioso rostro con

la mas dulce alegría. Sir Salomon la metió consigo en su coche para llevarla á ver las figuras de cera, y á comprarla juguetes, mientras que Betty se ocupaba en hacer las paces con John: mas al volver Rosa á la posada, y entrar en el cuarto del Coronel, reparó en sus chinelas que se habian quedado en un rincon de la alcoba. Al verlas se paró, tembló toda, tiró sus juguetes, agarró las chinelas, las estrechó contra su corazon, y se escondió en el parage mas oscuro del cuarto.

Sir Salomon, que habia agotado toda la dosis de su sensibilidad, no pudo sostener por mas tiempo un papel tan trabajoso para él: dejó la niña á cargo de John y de Betty, recomendó á esta ultima el cuidado de la ropa de Rosa, y se volvió á su casa.

Betty estaba un poco picada: habiase imaginado que segun las atenciones de Sir Salomon con el Coronel, no dejaria de convidar á Rosa, á John y á ella á que fuesen á pasar algun tiempo al castillo de Mushroom, donde podria sin ningun gasto arreglar todos sus asuntos relativos á la posada de Withe-Horse, estando como estaba el viejo Parker ya á los últimos: ademas de que tambien pensaba con orgullo el ascendiente que la darian en la villa las atenciones que se tuviesen con ella en el castillo; pero la pobre Betty las habia con un hombre, cuyos cálculos eran aun mas sabios que los de ella.

Sir Salomon habia reflexionado que era necesario deshacerse de John y de Betty en Londres antes de llevarse la niña, á fin de que no tuviesen ningun otro pretexto para mezclarse

en su establecimiento futuro, qué el irla á ver alguna vez á la escuela en que se proponia hacerla entrar; porque si los hacia venir al castillo, no podria permitir que los criados de un hombre, á quien profesaba tanta estimacion, dejasen su casa antes de unirse, y si se casaban en ella se le originarian gastos que ya le asombraban. Por otra parte, si estas gentes estuvisen en el castillo podria acaso ponérseles en la cabeza el establecerse en Penrry, y con su presencia le recordarian ciertas cosas que queria olvidar. Á todo esto ignoraba el proyecto de Betty sobre la posada de Withe-Horse, pues á saberlo ya hubiera combinado su plan de diverso modo.

Aun estaba Rosa en el cuarto del Coronel, teniendo las chinelas muy apretadas contra su corazon, y regán-

dolas con sus lágrimas, cuando Betty entró: quedó afligida con tal espectáculo, que le trajo á la memoria las promesas que habia hecho, y de que ya se hallaba pagada con anticipacion y tanta liberalidad. Abrazó á la niña, la tomó de una mano, y teniendo en la otra una taza llena de sopa, se la llevó al cuarto de John.

Rosa continuaba llorando amargamente: Betty se sentó, la puso sobre sus rodillas, y comenzó una exhortacion á John diciendo: "¿De qué les sirve á las gentes estarse tendidos gritando que Dios venga á ayudarles, cuando ellos no lo quieren hacer á sí mismos? Es seguro que no les han de caer los pájaros asados en la boca. En cuanto á Miss Rosa, añadio: Dios quiera protegerla, pues yo no creo una palabra de las pomposas promesas de Sir Salomon."

John se levantó de su asiento, y exclamó:

"Ingratitud horrible,
»Que con tu corazon de duro mármol
»Y ese tu pecho mas que nieve frio
»Eres mil y mil veces mas terrible
»Que los marinos monstruos:
»Ingratitud, verdugo de mortales,
»¿Has mostrado tus garras infernales?

"Ciertamente que sí las ha mostrado, respondió Betty: ¿pensais que si el caballero se tomase algun interés por Miss no nos hubiera ya convidado á todos á ir al castillo de Mushroom? Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su Can, dice el proverbio:... Por ejemplo, ¿no deberia haber dicho Sir Salomon que Didon comeria siempre en la cocina del castillo? Pobre animalito, ahora que me acuerdo nadie le ha dado de co-

mer desde que se fue mi amo."

"Mistress Betty, la dijo John interrumpiéndola con un modo muy grave, ¿tenemos nosotros derecho de censurar la conducta de otros, cuando á pesar de nuestro afecto á un tan buen amo hemos sido capaces de abandonar á esta niña, que confió á nuestros cuidados, y aun á la pobre Didon, que...?"

—"¿Quién, yo? dijo Betty abrazando á Rosa, ¿yo abandonar á esta amable criatura? No, John, vos no me conoceis."

En su vida habia dicho Betty mayor verdad. "Pero ¿dónde está Didon? preguntó John: ¿por qué no habeis cuidado de ella?"—"Sabeis que no tengo el don de adivinar, que á tenerle no estariais de tan mal humor. He buscado á la pobre perra por todos los rincones, y no pude preveer

que estuviese acostada sobre la cama de mi amo desde que se fue, y que no ha habido forma de que se aparte de ella hasta que la criada que barre los cuartos se vió precisada á hacerla saltar con el palo de la escoba á fuerza de garrotazos."—"¡Garrotazos! exclamó John: ¡garrotazos á Didon! ¡oh, Dios! ¿y pudísteis consentir, Betty, que una barrendera tuviese la avilantez de maltratar á una perra del mejor de los amos?"

Esta era la segunda vez que Betty veía á John verdaderamente enfadado. Él se salió del cuarto con precipitacion, y no se cuidó mucho de las lágrimas de su futura compañera; pero Rosa, cuya dulce sensibilidad simpatizaba con el dolor aparente de su aya, siguio á John, suplicándole no estuviese de tan mal humor, ni hiciese llorar á la pobre Betty.

"¡Llorar! replicó John: Miss Rosa, decidme, ¿por qué llora?" El modo con que él hizo esta pregunta fue un aviso para Betty, quien cayó en tan fuerte desmayo, que John olvidó su dolor de cabeza, su cólera y todo, y no pensó mas que en restablecer la tranquilidad en el espíritu de su querida.

Despues de haber emprendido con buen éxito esta interesante tarea, expresando lo mejor que pudo los sentimientos de su corazon, habló largamente de Rosa y de Didon, y concluyó con todos los pormenores que podian interesar á su amo.

Durante este intervalo Betty no se estaba con los brazos cruzados. Habia recibido del Coronel cincuenta libras esterlinas para el ajuar de Rosa, pero por su parte hubiera empleado solo la mitad de esta suma,

á no haber sido John tan testarudo que exigió se emplease hasta el último scheling. Betty no se atrevió á oponerse á su voluntad, pues estaba en la espectativa de ver sancionada la augusta ceremonia que debia poner la obediencia en el número de sus obligaciones; y lejos de poner de parte suya algun obstáculo, hizo particular estudio en parecer siempre la dulzura y complacencia misma.

Habiendo combinado ya un plan tan necesario á su interés personal, y viendo que era preciso renunciar al proyecto de hacer alarde y ostentacion de su importancia en el castillo de Mushroom, pensó Betty que no habria dificultad en emprender un viaje á Penrry cuando Rosa fuera á Mount-Pleasant.

Enmedio de esto el cariño del caballero á su *hechicera amiguita*, que

jamas habia parecido tan vivo como en las seis ó siete últimas semanas, se resfrió de un modo el mas chocante desde que la compañía de la India publicó la noticia de oficio de que el comboy estaba en alta mar. Entretanto si John y Betty no hubiesen servido de estorbo á los designios secretos de Sir Salomon, no se sabe lo que hubiera podido hacer; pero las dos mil libras esterlinas estaban ya impuestas en los fondos públicos, Horacio lejos de su vista, y el Coronel fuera de estado de poder saber por sus dos espias lo que pasaba en Inglaterra; y con esto le entró á Sir Salomon la mayor repugnancia á la pesada carga, que segun él decia se habia echado á cuestas. Los halagos de la *mendiguita* se le hicieron insoportables, y su presencia no le recordaba ya sino de un

modo importuno la memoria de las promesas solemnes que habia hecho al Coronel.

Comenzó á sentir vivamente el haber hablado de Mistress Harley y de su escuela, y le pareció que no era poca presuncion de parte del Coronel haber creido que su miserable protegidilla pudiese alternar como compañera con las señoritas Mushroom. En fin, deliberó si seria posible buscar algun pupilage á un precio mas bajo, y que fuese cuanto bastaba, y aun sobraba para una muchacha de la clase de Rosa. Ocurrióle entonces que era uno de los fundadores de una escuela de caridad: sí, lector, el nombre de Sir Salomon Mushroom se ostentaba en una lista de suscriptores de beneficencia pública. ¿El parage y manutencion destinada á sus huérfanas no era el mas á proposito para

una muchacha de la clase de Rosa? ¿Y en cuanto al vestido la locura del Coronel no habia provisto cuanto podia faltar en esta parte? pero despues pensó Sir Salomon, y dijo para sí: la muerte del protector de Rosa, aunque muy probable, no es del todo segura; por otra parte, ¿cómo ocultar al conocimiento de sus odiosos criados un plan tan contrario á sus esperanzas? Ademas ¿no es absolutamente imposible que algun viento contrario no detenga el comboy, o tenga que arribar, de modo que aun puedan llegar cartas al Coronel? Todas estas reflexiones atormentaban al caballero; pero de ningun modo entraba en que una criaturilla como Rosa fuese acariciada, respetada y educada lo mismo que sus dos sobrinas, á quienes destinaba para ser un dia señoras de la mayor considera-

cion. Sir Salomon, entregado á la mas profunda meditacion sobre este particular, imaginó de repente un medio que le pareció el único practicable para conciliarlo todo sin comprometerse. Al instante hizo enganchar las mulas de su coche, y se dirigió á Mount-Pleasant el mismo dia precisamente que Betty habia elegido para conducir á Rosa á la escuela de Mistress Harley.

CAPÍTULO V.

Cuando Sir Salomon entró en el locutorio estaba leyendo Mistress Harley: ésta se levantó, colocó dentro del libro sus anteojos, hizo una atenta cortesía al caballero, le ofreció una silla, y le reitero sus expresivas gracias por el favor de haber recomendado su escuela, y proporcionádola una nueva pensionaria; pero con la mayor sorpresa la interrumpio Sir Salomon, quien entabló desde luego sin rodeos ni ceremonias el total objeto de esta segunda visita.

"Confieso, señora, la dijo, que dudo mucho, si despues de lo que tengo que deciros, tendreis mas motivos de darme quejas que gracias." Mistress Harley se puso á escuchar atentamente, y él añadio: "Puedo sin em-

bargo protextaros que si estuve equivocado, mi intencion no fue nunca hacer cosa que pudiese perjudicar á vuestros intereses." Ella bajó la cabeza, diciendo que estaba bien persuadida de lo mismo; y él continuó: "Mi ternura con Horacio me ha arrastrado á un paso que me llena ahora de escrúpulos, y solo para confesarlos he venido á suplicaros que me concedais un momento de conversacion. La jóven, de que os he hablado como hija y heredera de un caballero, salimos con que no es mas que un objeto de caridad, recogido en la mas vil clase del pueblo: la hija de una miserable mendiga, que la ha comunicado todos sus vicios, y con quien prosigue sus juntas secretas. El Coronel Buhanum tuvo la locura de inclinarse á esta criatura de un modo ridiculo, y el pobre hombre ha

sido no solo el juguete de los artificios del objeto de la beneficencia, sino tambien el de dos criados, á quienes ha encargado que la cuiden. Es cierto que al fin conoció sus embustes antes de salir de Inglaterra, y por eso ha despedido los criados; pero no le ha sido tan fácil deshacerse de la adopcion de su mendiguilla, y::::"

La Harley habia estado escuchando hasta entonces con el mas profundo silencio; pero temiendo que el caballero la hiciese alguna proposicion que no pudiese convenirla, se apresuró á interrumpirle para decir que no queria admitir entre sus discípulas una criaturilla tal cual acababa de pintarla.

Esto era precisamente lo que aguardaba Sir Salomon; pero temiendo que esta resolucion no fuese tan

firme como deseaba, puso su conato en presentar algunas objeciones especiosas, que lejos de desviarla de un plan tan favorable á sus intentos, no podria menos de aumentar la repugnancia que acababa de manifestar contra la pobre Rosita. Rogola que considerase que la niña era linda, y ciertamente de mas edad de lo que querian hacerla creer; y que si volvia á poder de su horrible madre, ésta seria capaz de aprovecharse de las malas disposiciones que su hija habia mamado con la leche para vendérsela al primer libertino que se presentase, en lugar de que los ejemplos y lecciones de una muger tan virtuosa como Mistress Harley podrian salvar á esta infeliz criatura de su ruina: "aunque confieso, añadio Sir Salomon de un modo hipócrita, que cuando el corazon está corrompido hay en el de-

fectos que son muy dificiles, y aun casi imposibles de desarraigar."

Mistress Harley se estremeció de horror con sǫlo la idea de tener la menor relacion con una madre tan indigna, é introducir á su hija entre unas jóvenes de distincion, de las que la mayor parte igualaba por lo menos á las señoritas Mushroom. Quedó disgustada, y aun se manifestó tambien admirada y ofendida de que Sir Salomon hubiese podido nunca hacerla una proposicion semejante.

Él confesó lo mal que habia hecho; pero dijo que le servia de disculpa el interés que tomaba por su querido Horacio, y asi suplicó á Mistress Harley tuviese á bien perdonarle en consideracion á los motivos. Hecho esto se despidió de ella, previniéndola que dentro de algunos dias debian llevarla la mendiguita, y par-

tió satisfecho de haber cerrado á la desgraciada Rosa el asilo que debia proteger su infancia, dejándola de este modo sujeta á lo que él tuviese á bien resolver acerca de su suerte.

Mistress Harley tenia un corazon sensible: sus modales eran nobles y elegantes, su hacienda regular, y su escuela tenia la mas bien merecida reputacion. Las prendas del alma y las exteriores se cultivaban con el mayor cuidado en Mount-Pleasant entre las jóvenes que poseian las circunstancias necesarias. Enseñábanse allí con un método muy recomendable las ciencias, las artes, y en fin todas las habilidades que pueden perfeccionar la educacion de una muger. Mistress Harley no solo cumplia con el mas escrupuloso cuidado las obligaciones en que estaba, y que se imponia voluntariamente ademas para el bien estar de

sus educandas, sino que tenia en ello sus delicias, y á las niñas un cariño verdaderamente maternal.

La visita de Sir Salomon, su conversacion y sus disculpas fundadas en su fingido cariño á Horacio, la parecieron extraordinarias. La franqueza natural de Mistress Harley la hacia por lo regular poco suspicaz, pero tenia muy buena razon y penetracion. Esta señora habia compadecido muchas veces la suerte del joven huérfano, que parecia ahora tan querido de Sir Salomon, y no podia comprender cuál era el verdadero motivo que le habia conducido á proponer introducir en compañía de sus sobrinas una criatura tal cual acababa de pintarla. Mientras mas reflexionaba en esta extravagancia, menos la entendia, y le parecia enigma mas impenetrable. Por fortuna de Rosa todavia vacilaba en es-

ta incertidumbre cuando paró á la puerta una silla de posta, y se oyó la bulliciosa voz de Mistress Betty, que entró preguntando con tono familiar si estaba allí el caballero Mushroom.

Mistress Harley recibió á Betty con un aspecto frio y severo, y la clavó una mirada que parecia querer penetrar hasta lo interior de su corazon. Rosa, acostumbrada á los halagos, y á un mimo, con que por lo regular se trataba al objeto de la predileccion de un hombre rico, se retiró atrás amedrentada del recibimiento de Mistress Harley, y aun la misma Betty se quedó tal, que hubiera vuelto á tomar la puerta inmediatamente, y á llevarse la niña consigo, á no detenerla una sola consideracion. Su interés personal era lo único que la habia determinado á emprender el viage á Penrry; pues aunque el asunto princi-

pal de su boda estaba en el mismo estado que el Coronel lo habia dejado, pensó que estando como estaba para morirse el viejo Parker, convendria dar una comida en el Withe-Horse, convidando á ella á sus hermanos, hermanas, tios, tias, primos y primas hasta la tercera y cuarta generacion, con lo que acaso podria obligar á John á que se explicase de un modo preciso. Con este fin hizo entender que seria mas conveniente que ella sola llevase á Miss Rosa á Mount-Pleasant, quedándose él mientras á una milla de Penrry; y ademas le sacó tambien la palabra de que iria á comer con esta y sus amigos, despachada que fuese la comision. John rehuso mucho rendirse al deseo de Betty, y justamente en todo el camino no la habia hablado de otra cosa que de la aversion á Penrry despues de los absurdos embus-

tes que habian hecho circular allí contra su querido amo, y aun concluyó diciendo con franqueza, que si él no hubiera llevado á su amo á aquella villa, estaria en viage para la India con él, cuya idea renovaba sus pesares, y los hacia mas penosos.

De aquí es que Betty supo contenerse delante de Mistress Harley para no perder el fruto de la reunion proyectada en el Withe-Horse, y por efecto de la misma causa procuró animar á Rosa, diciendola que aquella señora, á cuya casa la habia conducido, era muy buena, y la querria mucho.

Rosa bajó la cabeza, corriendo por sus encendidas mejillas lágrimas amargas, y desviaba los ojos para no encontrarse con los demasiado severos de la señora, que le habian causado tanto miedo.

Durante este tiempo Mistress Harley estaba examinando muy atentamente y en silencio las hermosas facciones de Rosita, sintiéndose conmovida, y comenzándose á aumentar sus dudas sobre la sinceridad de los fines ó sentimientos del caballero Mushroom.

Ello es que habia una cierta delicadeza, una expresion de sensibilidad en la fisonomía de Rosa, que inspiraban el mas tierno interés. "¿Qué edad tiene esta niña?" preguntó al fin Mistres Harley. — "¡Ay Dios! señora, respondió Betty, ¿cómo puedo saberlo yó?" pero acordándose por entonces de las órdenes de su amo, añadió: "supongo que su papá lo sabe mejor que yo."

"¡Su papá!" dijo Mistress Harley, y continuó fijando la vista muy atentamente en las facciones de Rosa; pero por fortuna de ésta semejante

exámen no podia serla sino muy ventajoso.

"¿Quereis quedaros conmigo, querida mia?" dijo á Rosa. — "Sí, con tal de que me prometais quererme tanto como papá y Sir Salomon Mushroom" — "¿Qué quereis decir, hija mia?" respondio Mistress Harley medio sorprendida. — "Pues cómo, dijo Rosa, ¿qué no conoceis á Sir Salomon Mushroom, que prometió á papá quererme mucho, y dejarme jugar con sus sobrinitas.?"

Á este tiempo entró corriendo en el cuarto una linda muchacha mas grande que Rosa, y con el tono de una favorita hizo algunas preguntas sobre frioleras; pero volviendo la cara á Rosa, corrio á ella, la cogio en sus brazos, y empezó á gritar: "¡Oh, hechicera criatura! ¿venis á quedaros con nosotras? Teneis la figura de un

ángel. Vos sereis mi hija, mi compañera querida: ¿gustareis de venir conmigo á ver las otras señoritas?» Rosa, aunque en pie enfrente de Mistress Harley, habia estado siempre agarrada á una punta de la ropa de Betty, y entonces soltó la mano, levantó sus preciosos ojos bañados de lágrimas para ver los de su nueva amiga, y se acercó á ella con la mas graciosa sonrisa. La otra la cogió por debajo del brazo, y desapareció, llevándose á su amiguita, gastando tan pocos cumplimientos para salir como habia hecho para entrar.

Betty contentísima de ver tan bien recibida á Rosa, y aun mas contenta de hallarse ya libre, se aprovechó de la meditacion profunda en que estaba sepultada Mistress Harley, salió con precipitacion, y se metió en la silla de posta.

Esta directora, dijo para sí, es por cierto extraña criatura para maestra de niñas; pero en aquel momento columbró Betty el campanario blanco de Penrry, que se divisaba entre las nubes del horizonte, y esta perspectiva varió enteramente el giro de sus ideas.

Antes de hablar del convite importante que debe darse en Penrry estamos viendo que el lector, que acaso habrá tomado algun interés por nuestra Rosita, gustará saber lo que pasaba en Mount-Pleasant.

Cuando Mistress Harley salió de su meditacion quedó á un mismo tiempo gustosa y disgustada de ver en su escuela la muchacha contra quien habian querido comunicarla impresiones tan poco favorables. Á la verdad ella sentia en sí la mayor parcialidad por Rosa, o por mejor decir por Miss Bananum, porque así era como de-

bia llamársela: pero tambien pensaba que esta parcialidad la expondria probablemente á algunos inconvenientes, y podria perjudicar á la reputacion de su casa: mas como ya era demasiado tarde, y lo hecho hecho estaba, dió terminantes órdenes á todas las maestras para que celasen con el mayor cuidado sobre las menores palabras de Miss Buhanum, y que la diesen cuenta escrupulosamente de la mas mínima falta que pudiese cometer.

La joven protectora de Rosa era Miss Eleonora Bawsky, de quien el lector ha hecho ya un ligero conocimiento.

Miss Bawsky tenia solo diez años; pero era alta, y estaba bastante formada para su edad. Sin poseer un ingenio ó talentos sobresalientes, los tenia muy notables: gozaba de la mayor consideracion entre sus compañe-

ras, y habia inspirado un afecto de predileccion á Mistres Harley; y siendo activa, buena, sensible y generosa, la indulgencia excesiva de su tia ni de su tio no habia podido estragar un carácter que la hacia querer á cuantos vivian con ella.

El Doctor Croack y Mistress Bawsky no pensaban sino en adivinarla el gusto; y todas las producciones de la hermosa huerta que tenia el Doctor se llevaban diariamente á Miss Eleonora, quien podia satisfacer, repartiendo entre sus compañeras, la inclinacion que tenia á la generosidad y al agrado; pues el atractivo de la novedad, que forma generalmente el vínculo frágil de la amistad entre las niñas, se sostuvo en el corazon de Eleonora, é hizo crecer en él una ternura sincera á Rosita, á quien no dejaba jamas, y á quien instruía con

cuidado de todas las reglas de la escuela. Mas como la vigilancia mas activa no hubiese podido descubrir en el objeto de las acusaciones del caballero Mushroom rastro alguno de los vicios, de las astucias y de la bajeza de que aquel habia hablado, Mistress Harley no tardó en entregarse enteramente á la inclinacion que la arrastraba hácia Rosita, y en lugar de despreciarla como hija de la miseria, su corazon se movia á la mas tierna compasion. Comparaba el estado en que se hallaba aun su talento, á pesar de los cuidados que se habia tomado el Coronel, á la instruccion de las jovencitas de su edad, á quienes una mejor fortuna habia colocado en su casa desde chiquitas, y se halló con el mayor deseo de hacerla reparar el tiempo perdido, redoblando su zelo é interés con ella.

CAPÍTULO VI.

La suerte servia á Mistress Betty de un modo mas favorable que el que ella se hubiera atrevido á esperar; pues por fin acababa de súceder lo que tanto tiempo habia que deseaba con la mayor impaciencia. El viejo Parker murió la mañana misma que Betty habia salido de Londres, y la plaza de posadera del Withe-Horse se hallaba vacante cuando los amigos de Betty llegaron allí para disponer de su parte la famosa comida de que se trató en el capítulo antecedente.

Solo una vez habia manifestado John el deseo de verse establecido en la casa de su nacimiento; pero aunque este proyecto no hubiese cesado de ocupar el espíritu activo de la proveedora Betty, habia ya mucho tiem-

po que John no pensaba en ello, y si es que existia en el mundo algun parage á que tuviese aversion era precisamente á aquel en que habia nacido; de suerte que no fue poca su sorpresa cuando al entrar en la villa de Penrry vió que no hallaba nadie en el camino que no le diese la enhorabuena del nuevo destino que iba á ocupar. Mistress Betty y sus confidentes habian dado tal autenticidad, que cada uno le agarraba la mano á John, se la apretaba amigablemente, y le saludaba bajo el título de nuevo posadero de Withe-Horse.

La sorpresa le enmudeció: escabullóse del tropel que le rodeaba, y tomó el camino de Mount-Pleasant para salir al encuentro á Betty y comunicarla lo que acababa de oir.

"¿Es posible? exclamó Betty: ¡co-

mo, el viejo Parker ha muerto! ¡muerto de veras! y bien, añadió con una alegría que la costó trabajo contener, ¿qué hay que espantarse de eso?"— "No me espanta la muerte, Mistress Betty (respondió John), que esa era precisa al cabo: me espantan las habladurías de toda esa villa: no parece sino que el espíritu de invencion ha fijado en ella su asilo."

El corazon de Betty palpitó con violencia: aquel era el momento mas crítico de su vida, el que iba á decidir de su suerte: esforzóse, pues, á calmar su espíritu, y dijo con una voz tímida, que eso justamente era lo único que faltaba para su felicidad.

"¿Qué?" replicó John muy admirado. —"Un asilo, dijo Betty: ya no es tiempo de disimular: ¿no era esta la intencion del mejor de los amos, del hombre mas noble y mas

generoso que existe en el mundo?"

"Sí, Mistress Betty (dijo John): nosotros que le conocemos tan bien podemos afirmar este elogio, á pesar de las calumnias de esta maldita villa."

Betty se mordió los labios, y habiendo vencido la conmocion que acababa de suavizar su voz cuando habia hablado de su amo, continuó: ¿No eran estas las últimas órdenes, ó por mejor decir, las súplicas de aquel querido amo que les habia recomendado el amarse y el establecerse? ¿No les habia dado él mismo los medios para ello con la mayor generosidad? ¿Podia presentarse una ocasion mas oportuna de cumplir sus deseos que la misma casa en que el padre y la madre de su querido John habian vivido tanto tiempo, donde servian á todo el mundo, y adonde en fin habian muerto despues de haber tenido nueve hi-

jas, que todas reposaban en paz con ellos en el cementerio de Penrry?

¿Los ojos de John se inundaron de lágrimas, y Betty, echándole su brazo al cuello, le suplicó por amor del Cielo y por amor de ella misma que considerase que mas vale pájaro en mano que buitre volando, que de la mano á la boca se puede perder la sopa, y que la diligencia es madre de la buena ventura, y con un diluvio de refranes tan análogos como proporcionados á las circunstancias concluyó diciendo: que el viejo Pasker habia muerto por la mañana, seria sepultado dentro de dos dias, que su almoneda se haria al tercero, que ella y John se podian ir á buscar sus efectos á Lóndres el cuarto, volver á Penrry el quinto, casarse el sexto, y verse establecidos y con sus amigos alderredor de sí el séptimo; de modo

que todo podria disponerse en el espacio de una semana.

John quedó sorprendido de la fertilidad de imaginacion de Mistress Betty; pero como no hallaba objecion alguna contra el Withe-Horse, sino las calumnias que habian circulado contra su amo, de las que en verdad no era causa aquella posada, tampoco hallaba ni veía disculpa que dar para encubrir una cierta repugnancia y un secreto temor que le arredraba del feliz estado que tanto amaba Betty. Reflexionó algunos minutos, y dejando por esta vez el lenguage poético, respondió á su querida en un estilo perfectamente proporcionado y correspondiente al que ella acababa de usar. Díjola, pues, que segun la máxima del sábio era cierto que cosa atropellada despues siempre es llorada; que lo que mal se come mal se digiere; que

casarse de prisa era arrepentirse despacio; y en fin acabó preguntando á Betty, cómo habia quedado el establecimiento de Rosa en Mount-Pleasant.

"Mala peste lleve á Rosa, replicó Betty irritada. ¿Qué diablos tiene que ver Rosa con lo que yo acabo de deciros?"

—"¡Mala peste lleve á Rosa! repitió John gruñendo: permitidme que os diga, Mistress Betty. . . ."

Betty prorrumpió en lágrimas, y la voz de John se suavizó. "Permitidme que os diga, querida amiga, continuó, que la ingratitud es el pecado mas odioso, vil, infame y feo; que la ingratitud es un monstruo horroroso; que el ser poco agradecido es de almas soeces y bajas, y que nosotros no medraremos si no cuidamos de la hija adoptada por nuestro amo. — "¿Y qué mas hemos de cuidar de ella?

dijo Betty sollozando: ¿y cómo podremos hacerlo mejor que teniendo una casa á su disposicion? Pues en cuanto á ese viejo avaro de Sir Salomon, él...."

— "¿Qué, interrumpió John mudando de color, acaso no habrá cumplido sus promesas? ¿Habrá sido capaz de olvidarlas?" — "¡Capaz! replicó Betty. Sí, sí, fiaos en todas sus bellas palabras. . . . En fin, no digo mas; pero si mi amo vuelve á Inglaterra..." — "Así sea," exclamó John. — "Pero ¡ay de mí! dijo Betty, que es mucho mas probable que no volveremos á verle ya."

Entonces le tocó á John su vez de sollozar.

"Porque en fin, continuó ella, vos sabeis qué deteriorada está su salud." — "¡Oh, no digais eso, no digais eso! exclamó John: mi amo, mi querido

amo ¡ay de mí! ¡que no esté yo con él!"

—"Mil gracias" dijo Betty algo picada; pero John no la hacia caso. Abandonóse de nuevo á todos sus pesares: y consternado por haber sido capaz de dejar partir á su amo sin seguirle, acabó protestando que se iba á enganchar de nuevo en la recluta de la compañía de las Indias, á fin de servir bajo las ordenes de su muy amado amo.

Ya era esto demasiado para la pobre Betty: su vanidad, su interés personal, todo estaba comprometido por la extraña obstinacion de John, y no sabiendo ya qué medio emplear para hacerle consentir en su proyecto, recurrió á una tan fuerte crisis de desmayos, que la silla de posta se detuvo, y toda la gente de la villa atraida por sus gritos vino á ofrecer sus socorros á la futura posade-

ra de Withe-Horse, cuyo violento estado vino á ser el objeto de la compasion general.

Mientras que todo el mundo se esmeraba en hacer volver á Betty, John conturbado con aquel espectáculo estaba reflexionando profundamente. Pensaba que estando Rosa en Mount-Pleasant, y por consiguiente dos millas de Penrry, podria no solo irla á ver todos los dias en su carro, sino aun traérsela algunas veces á su casa como su amo le habia manifestado desearlo; y considerando que la repugnancia que tenia al estado conyugal debia ceder á las instancias y á la necesidad, echó una mirada expresiva á Betty, suspiro, y dijo con su tono teatral:

"Las crueles injurias del destino
"Y de la suerte el pertinaz agravio
"Deben servir de escuela al hombre sabio."

"¡Escuela! exclamó Betty: ¿qué decis, mi buen John? Mi querido John, ¿qué extraño capricho es ese? Lo mismo servis vos para maestro de escuela que yo para cura; ademas que hartos pedantes hay por donde quiera. Es preciso que seais posadero. ¿John, habeis olvidado que este era nuestro antiguo proyecto?"

—"Bien, bien, dijo él:

»El hombre debe siempre estar dispuesto."

—"Sí, mi querido John, exclamó Betty cogiéndole por el brazo, y encaminándole ácia la posada: Sí, todo está pronto; nos estan aguardando: andemos un poco mas de prisa."

John se paró: "ya veo" dijo abandonando el estilo dramático, y haciendo uso de ciertas citas, sobre cuyo sentido no podia equivocarse Betty, "ya veo que en vano es que quiera

uno resistir el torrente, y el que ha nacido para ser ahorcado no debe temer al agua: así......"

—"Querido John, interrumpió Betty poniendo su mano en la boca de su amante, no volvais á hacer esas odiosas reflexiones. Vos no quereis seguramente causar á vuestra pobre Betty pena alguna: no, vos no lo quereis seguramente, porque jamas habeis sido ingrato."

Al pronunciar Betty estas palabras la acompañaba una cierta expresion en el sonido de su voz y en sus miradas, á la que no pudo resistir John: continuó su camino hácia la posada, y dijo á su querida medio conturbado que hiciese lo que quisiese.

En el camino encontraron á la hermana de Mistress Betty, que los condujo en triunfo á su casa, punto de reunion de todos los convidados. *Des-*

pues de la comida se aprovechó tan bien Betty del permiso de John de hacer lo que quisiese, y fue sostenida de tal modo por todos sus amigos, que se concluyó la boda, se arreglaron todos los negocios, se pasó la escritura de arriendo, y se tomaron los muebles del viejo Parker por cuenta del nuevo posadero; de modo que Betty tuvo el gusto, tanto tiempo deseado, de verse al frente de la posada de Withe-Horse el domingo inmediato.

Entonces sí que manifestó con ostentacion todas las riquezas que habia obtenido de la generosidad del Coronel, á fin de dar una alta idea de su persona, mientras que John no consideraba estos objetos preciosos sino como una prueba de la beneficencia de su buen amo.

Por fin se pasó aquel domingo,

dia el mas hermoso que Mistress Betty Brown habia visto amanecer y brillar jamas, cuando sentada á la cabecera de su mesa recibió las enhorabuenas de sus amigos y de sus conocidas. El lunes siguiente fue el que vino á ser el verdadero dia de triunfo para su marido: púsose un buen vestido de paño pardo, cargó en su carro, pintado de nuevo, ojaldres de dulce y de las mas delicadas frutas del tiempo para mis Buhanum, y escondió en la red del carro una cajita que contenia frasquillos de licores excelentes, á que Betty no habia echado el ojo, y que John destinaba para Mistress Harley; añadiendo ademas dos frascos de esencia de rosa, que no vió llevar de casa Mistress Brown sino con la mayor repugnancia, aunque no conocia todo el precio que podia tener esta deliciosa pro-

duccion de la India. John subió al instante en su carro con la perra Dido al lado, y dando un latigazo á su caballo tomó el camino de Mount-Pleasant colmado de alegría por obedecer las órdenes de su amo, de su bienhechor y de su mejor amigo.

Sir Salomon Mushroom, bajo la seguridad de que la mendiguita seria desechada de Mistres Harley, no dudaba por consiguiente que Betty y la niña volverian á su casa, y así tomó el partido de aguardarles en Londres. Habiéndose pasado el primer dia sin que nadie pareciese, supuso que Betty podria haberse detenido en Penrry para ver á sus amigos. La misma idea sostuvo la esperanza los tres dias siguientes; pero cuando el cuarto, quinto y sexto pasaron del mismo modo, comenzo á temer que las cosas no hubiesen su-

cedido como él queria.

Metióse pues en su coche, y partió para Penrry, y al entrar en la villa aturdieron sus oidos los repiques de las campanas de la parroquia, que solemnizaban las bodas de John. Á tal ruido sacó la cabeza por la portezuela del coche, y al pasar por delante de la puerta del Withe-Horse advirtió á Betty en trage de novia sentada al mostrador, y rodeada de una multitud de aldeanas y aldeanos llenos de cintas y flores, por lo cual hizo detener el coche á fin de saber qué queria decir todo esto. El huésped y la huéspeda salieron á rendir sus respetos al señor del castillo.

John se puso colorado, y Betty se presentó con un aire muy satisfecho.

Sir Salomon los felicitó á entrambos por la alegría que parecia reinar alderredor de ellos, y preguntó no-

ticias de Miss Rosa.

Mistress Brown respondió que confesaba con vergüenza suya que al cabo de una semana que habia entrado la niña en Mount-Pleasant todavia no habia tenido tiempo de irla á ver, y añadió: que sin duda lo pasaria muy bien, pues la habia dejado feliz y tranquila con Mistress Harley.

Sir salomon, que se habia lisonjeado durante todo el camino de que Betty tendria consigo á Rosa, quedo tan trastornado con la agradable noticia que acababa de saber, que le fue imposible hablar, y tuvo que hacer seña al cochero para que continuase caminando.

Entretanto Mistress Brown, que no queria rebajar un ápice la importancia de su nueva profesion, siguio al caballero con profundas cortesías, diciendole que esperaba tendria á bien

continuar su proteccion al Withe-Horse.

Sir Salomon hizo parar otro poco su coche, sacó la cabeza, y dijo tartamudeando: "¿Qué.... qué decis?... ¿os habeis hecho posadera de Withe-Horse?" — "Para serviros, señor," respondió Betty con una gran cortesía. Sir Salomon echó entonces una mirada de sorpresa á John, quien le saludó profundamente. "Yo celebro mucho, amigos mios, dijo al fin el caballero, el teneros por vecinos; pero confieso que no dejo de sentir el que hayais dispuesto las cosas con tanta precipitacion. Yo esperaba que me hubiéseis consultado."—"Nosotros no hubieramos dejado de hacerlo, respondió Betty; pero, señor, contando con vuestras bondades, y habiendo tenido muchas ocupaciones, no hemos creido que era justo importunaros con nuestros negocios."—"Muy bien, Mis-

tress Brown, replicó Sir Salomon: yo os saludo, y os deseo toda suerte de felicidades." En seguida se retiró dentro del coche, y el cochero continuó su camino.

De vuelta á su casa el caballero Mashroom se esforzó á manifestarse tranquilo, y aun tomó desde luego su café con bastante filosofia; pero las dobles mortificaciones que acababa de experimentar le causaron un ligero dolor de cabeza. Despues reprendió al ama de gobierno, maldijo al repostero, y estuvo á pique de despedir á su ayuda de cámara: desahogado con estas explosioncillas de colera, volvió á entrar poco á poco en sí mismo, y se determinó á partir la mañana siguiente á Mount-Pleasant.

Antes que el magnífico coche del señor de Penrry hubiese podido llegar á la puerta de la casa de Mistress

Harley, se vió precisado su criado á apartar el carro de John, y Sir Salomon al entrar en el locutorio halló al nuevo posadero de Withe-Horse en persona hablando con Rosa y Mistress Harley.

¡Pobre Sir Salomon! ¿Este espectáculo no era insoportable para él? Despues de haber combinado tan bien su plan; despues de haber creido que le seria fácil disponer á su voluntad de la suerte de los criados del Coronel, ¿no era terrible para un hombre de su importancia verse hecho el juguete de dos criaturas de esta especie? ¿Y podria dejar de jurarles interiormente un odio implacable?

Por otra parte, ¿cómo habia de ver con sangre fria y sostener la idea de que todos los trabajos é incomodidades que se habia tomado para cerrar á Rosa las puertas de aquella ca-

sa, habian sido infructuosos, y que Mistress Harley, en vez de manifestar á sus consejos la consideracion que debia esperar, habia recibido sin exámen á la mendiguita entre sus discípulas?

En esta disposicion no habia cosa en el mundo que le inspirase mas repugnancia que las tres personas, de quienes era necesario aceptase todos los testimonios de consideracion y de amistad. Pero antes de introducirle en el locutorio de Mistress Harley daremos cuenta de la llegada del honrado John, y de su primera conferencia con la maestra de Mount-Pleasant.

Cuando avisaron la llegada del nuevo posadero de Withe-Horse estaba Rosa sentada al lado de Mistress Harley casando colores de seda, y contando todas las habilidades de la perra Dido.

Al bajar John de su carro sintió la mas viva conmocion: ató su caballo á una reja, y se dirigió al locutorio; pero cuando oyó la voz de Rosa le fue imposible contener sus lágrimas, y se paro á enjugarlas. Dido corrió hácia Rosa, ésta dió un grito de alegría, se precipitó al encuentro de John, se avalanzó á su cuello, y le hizo cien preguntas acerca de su papá, sin aguardar respuesta: últimamente, recogiendo en su delantar los regalos de John, se escabulló con Dido para ir á buscar á su amiga Eleonora.

John no quiso sentarse, ni tampoco podia hablar; pero al fin se determinó á presentar la franqueza de licores y los pomos de esencia de Rosa á Mistress Harley, que rehusó aceptarlas.

"Esto es de parte de mi amo, res-

pondió John: de mi querido y honrado amo, cuyo corazon noble y generoso no ha tenido jamas igual. ¡Ay de mí! no es para un pobre diablo como yo el hablar de aquella alma sublime como corresponde hacerlo, y del modo que merece: pero señora, sabed que siempre fue un héroe: intrépido condujo los soldados á la gloria, y buscó constantemente para sí el puesto mas peligroso. ¡Oh, cuántas fatigas le he visto sufrir sin que su noble corazon decayese un momento! Sus prendas y su beneficencia le hacen superior á todos; pero (añadió con un profundo suspiro) él me ha despedido, y tomado otro criado." Mistress Harley escuchaba todo esto con la mayor atencion, y hallaba en el lenguage de John aquella expresion sencilla y natural de un corazon lleno del reconocimiento mas afectuo-

so, y tan íntimo como distante del artificio de que Sir Salomon le habia acusado; y así la conmovió, confirmándose mas en las dudas que empezó á tener cuando la primera visita de Rosa, sobre la sinceridad del señor de Penrry.

"¿Y por qué os ha despedido vuestro amo?" preguntó ella á John con el tono mas afectuoso.—"¡Despedido! respondió él: perdonadme, señora: yo nunca pude ser despedido por no haber cumplido con mi obligacion; pero como mi amo queria tanto á.... á Miss Buhanum."

—"Sí, sí, respondió Mistress Harley, ya sé perfectamente quien es ella;" y John se estremecio y manifestó su sorpresa.

"Sé muy bien lo mucho que debe al Coronel Buhanum," continuo Mistress Harley; á lo que él respondió:

"Hacedme el favor de decirme quien fue el que os instruyó de ello."—"Sir Salomon Mushroom," contestó ella; añadiendo: "¿pues qué creeis que hubiese hecho bien en recomendar de su parte una niña de esta especie á una escuela como la mia sin informarme de todas las circunstancias?"

John, sin reparar que estaba delante de una señora, se encasquetó su sombrero, se lo caló hasta las cejas, y exclamó con la mas viva agitacion: "Yo, señora, no sé lo que hubiera estado bien ó mal hecho respecto á una escuela como la vuestra.... pero lo que sé perfectamente es que en ninguna circunstancia debe un hombre faltar á sus juramentos y á sus promesas. Mi Coronel ni yo jamas hemos faltado á las nuestras: hacer lo contrario es una bajeza en un caballero, y un vicio en un hombre de mi con-

dicion. Mi amo se ha encargado de la suerte del jóven M. Horacio, y cumplirá su empeño con fidelidad; pero á lo que veo parece que no sucede lo mismo con Sir Salomon, quien por su parte ha prometido...."

Aquí John, animado de su indignacion, comenzó con sus citas poéticas; pero Mistres Harley, que no estaba tan familiarizada con Shakespeare, ni acaso de las alusiones que puede tener para todas las circunstancias, interrumpió á John para preguntarle lo que habia prometido el caballero.

"Señora, respondió John con firmeza, él prometió, ó por mejor decir juró no descubrir á nadie el orígen de Miss Rosa, con que juzgad ahora si despues ha debido proceder como ha procedido. Nada mas añadiré en cuanto á él; pero por lo que á mí toca diré que mi amo ha variado la

clase de mis servicios, mandándome que velase sobre la suerte de su hija adoptiva: quiso que ésta tuviese un amigo y una casa pronta á recibirla en cualquiera ocasion, y gracias al cielo jamas la faltará ni uno ni otro. Entretanto...."

John estaba ya en el caso de abrir enteramente su corazon, y Mistress Harley hubiese querido continuar oyéndole; pero la llegada de Rosa le impuso silencio. Se quitó su sombrero, y sus mejillas se llenaron de lágrimas acariciando á la protegida de su querido amo, y en este momento fue cuando entró en el locutorio Sir Salomon.

Si hubieran podido quedar algunas dudas á Mistress Harley en favor del señor de Penrry, se hubieran desvanecido enteramente al ver el modo con que se acercó á las dos personas de quienes habia procurado hacer un

retrato tan odioso. La franqueza y la amistad que manifestó á John, y la ternura particular que afectó para con Rosa, no parecieron á Mistress Harley sino el colmo de la astucia infernal; y cuando se acercó á ella para felicitarla en voz baja de haber vencido sus preocupaciones contra la mendiguita, descubrió una malicia secreta, solapada en vano por sus esfuerzos bajo la expresion de la sinceridad: y no pudiendo adivinar, ni concebir los motivos de una conducta tan extraña, quedó penetrado su corazon de la compasion mas viva y del mas tierno cariño á la interesante Rosa, que sentada en las rodillas de Sir Salomon charlaba como una cotorra, refiriendo con la natural gracia de su edad las anecdotillas de su escuela.

John, á quien ya se le hacia duro manifestar consideracion alguna al

señor de Penrry, se apresuró á volver á su carro; y Sir Salomon, despues de haber encargado á Mistress Harley que le enviase á sus sobrinas para que comiesen con él aquel dia, salió con gran sorpresa de Rosa de que tambien no la llevase á comer: tomó su precioso coche, pasó con tanta rapidez junto al modesto carrito de John, que faltó poco para hacerlo mil pedazos. Entonces asomó la cabeza por la portezuela, llevó la mano á su sombrero, y dijo con mucha urbanidad: "¡Ola! ¿otra vez me encuentro con el amado M. Brown?" — "Sí," replicó John tambaleándose en el asiento de su carro, contra quien el coche acababa de chocar violentamente: "la modesta humildad encuentra alguna vez en el camino extraños compañeros de viaje."

CAPÍTULO VII.

Las reflexiones de Mistress Harley sobre la conducta de Sir Salomon, la vigilancia activa con que estudió el carácter de Rosita, y todos los demas incidentes la hicieron conocer que el caballero habia querido engañarla. Desde entonces se aumentó mas el cariño con que ya miraba á su nueva discípula, y se entregó á esta sensacion sin reserva ni temor de que el arrepentimiento emponzoñase algun dia aquella terneza maternal, contra la que tanto se habia precaucionado hasta aquel momento.

Eleonora Bawsky, la constante amiga de Rosa, era, como ya hemos dicho, la favorita de la casa; pero ademas de la prediteccion con que la

distinguian Mistress Harley y las demas maestras, apénas llegaban á la medianía las disposiciones para progresar en las habilidades que allí se enseñaban. Trabajaba bastante bien en la costura, hacia con celo todo lo que se la mandaba, bailaba una contradanza sin perder mucho el compas; pero no tenia gusto ni oido para la música, carecia de talento para el dibujo, y á pesar de todo el cuidado que se habia puesto con ella, jamas habia podido aprender una palabra de ortografia.

Fue tan imposible conseguir enseñarla algunas habilidades agradables, que Mistress Harley, á pesar de lo que la amaba, se creyó obligada á decir al Doctor Croak que la pusiese en otra escuela, con la esperanza de que el variar de educacion pudiese acaso serla útil: mas el Doc-

tor Croak no juzgó debia seguir este dictamen, pues consideraba el aire que se respiraba en Mount-Pleasant como el mejor de los contornos de la metrópoli; y aunque estuviese convencido de la necesidad de dar una educacion brillante á Eleonora, superaban á todas las consideraciones la salud y la vida de la niña. Jamas inspiró el hijo mas querido unos cuidados tan tiernos como los que el Doctor Croak y Mistress Bawsky profesaban á la jovencita que pasaba por su sobrina; pero dejemos un momento á Eleonora, y hagamos conocer al lector las dos señoritas Mushroom mas sobresalientes que aquella, pero ciertamente muchísimo menos amables.

Carlota, la mayor, y la favorita de Sir Salomon, entraba entonces en los diez y siete años: era alta, bien formada, sus ojos azules, aunque lán-

guidos, muy expresivos, y sus cabellos castaños, sus facciones regulares y su tez muy blanca, aunque un poco desfigurada con algunas pecas.

María, de edad de quince años, era muy bajita, necesitaba de la habilidad de su sastre para ocultar algun defectillo en el talle; su rostro era mucho mas hermoso que el de su hermana, tenia tambien los ojos azules, pero su expresion viva y animada daba infinita gracia á su fisonomía; sus cejas y sus cabellos eran como el azabache, su tez de una admirable blancura, y sus manos y brazos eran singularmente hermosos.

Continuamente decian á las dos hermanas que eran hermosas, añadiendo que debian heredar un caudal considerable; que era preciso que se aplicasen á adquirir talentos agradables, porque tenian derecho de aspi-

rar algun dia á los partidos mas ventajosos de la gran Bretaña. Asi, pues, no es de admirar que con esto las tales niñas afectasen una superioridad que las hacia fastidiosas á sus compañeras; ni tampoco es de extrañar que los cuidados que se tomaba Mistress Harley, para destruir una preocupacion tan ridícula, no produjesen efecto alguno, puesto que el mismo Sir Salomon gustaba de fomentar y sostener unas disposiciones tan propias para sus intentos.

El orgullo y la altivez, que inspiraban á las demas tanta aversion á sus sobrinas, no las miraba el tio sino como pruebas de aquella elevacion de carácter que las haria dignas de la clase á que aspiraba elevarlas algun dia. El miedo y la humildad servil que por el contrario manifestaban cuando estaban en su pre-

sencia, no eran para él sino las pruebas de una docilidad sin límites para desempeñar sus obligaciones, y un respeto absoluto hasta al mas mínimo de sus caprichos.

Toda la vida entera de Sir Salomon era un misterio que nadie habia podido penetrar. Las dos jovencitas, á quienes acabamos de pintar como sobrinas suyas, eran en la realidad sus hijas: tenian por madre una muger de ínfima clase, cuya educacion y modales eran muy conformes á la bajèza de su nacimiento: pero ya hacia mucho tiempo que Sir Salomon se habia separado de ella, obligándola á contentarse con una escasa pension.

Dorotea Wright no dejaba de tener talento, y poseía en un grado poco comun toda la astucia y artificio de que es capaz el espíritu hu-

mano. Sir Salomon conocia sus recursos, y temiendo que no los emplease contra él, juró abandonar á sus hijas si daba el menor paso que pudiese perjudicarle; pero por el contrario la prometió que si no le daba motivo de queja educaria á sus dos hijas, y las establecería con brillantez.

Llena de vanidad esta muger con sus hijas, y dando largas en cuanto á lo demas sobre hacer valer sus derechos en otro tiempo, cuando ya no temiese verlas privadas de una gerarquía que le daba tantos cuidados, se sometió desde luego á las condiciones impuestas por Sir Salomon, y consintió en ocultar el título de madre, tomando el de una humilde ama de cria.

Carlota y María permanecieron así bajo la direccion de su supuesta ama hasta el momento que las pusieron

en Mount-Pleasant; pero mientras que recibian la educacion mas brillante por el esmero de Mistress Harley, manifestaban cada dia del modo mas chocante una mezcla de aquella vanidad y orgullo que distinguia á su padre, y de aquella bajeza astuta que era el principal fundamento del carácter de su madre.

El tiempo de vacaciones de la escúela le pasaban regularmente en la quinta de Mushroom, y durante estos intervalos fue cuando formaron conocimiento íntimo con Horacio Littleton. Su parcialidad decidida á favor de este jóven, aunque acaso ellas mismas no la conocian, no se le escapó á la vigilancia de su padre, que concebia bien pronto todos los temores de que ya hemos dado cuenta, y que tambien hemos visto cómo supo ponerse á cubierto.

Sir Salomon amaba de veras á sus hijas; pero el modo duro y despótico con que las trataba no era propio para inspirarlas cariño. Todos los sentimientos del amor, que debia ser filial, se hallaban sofocados en sus corazones por el miedo, y sujetos al interés personal, mientras que por el contrario reinaba la confianza mas absoluta entre ellas y su madre, que bajo el título de ama, y por medio de la ama de llaves de Mistress Harley tenia largas sesiones con sus hijas, á pesar de las severas prohibiciones de Sir Salomon. Carlota y María la participaban todas sus penas, y recibian de la madre consuelos y consejos sobre el modo con que debian conducirse para adquirir cierta preponderancia con su padre. Ellas supieron aprovecharse de los consejos que podian serlas tan útiles, y apren-

dieron asi desde chiquitas á aprovechar todos los resortes que la astucia podia emplear para conseguir sus intentos.

Bailaban con gracia, cantaban medianamente, tocaban con regularidad el fortepiano, dibujaban un poco, y con todo no habian hecho ningun progreso admirable en las ciencias que las habian enseñado; pero Sir Salomon, poco inteligente en estas materias, consideraba sus adelantamientos con mucha complacencia, y no dudaba que excitarian la admiracion general.

Su objeto en hacerlas venir á la quinta era darlas sus instrucciones acerca de la conducta que habian de observar con Rosa.

Á pesar de los pocos años de Carlota, su tierno corazon habia recibido una impresion, que no era fácil

de borrar, como se habia lisonjeado Sir Salomon.

La pobre mudó de color cuando vió que el asiento que regularmente tenia Horacio en la mesa estaba ocupado por el hijo segundo del procurador Quibble, á quien habia elegido el caballero para sucesor de Horacio: y aunque no era, ni con mucho, tan bien dispuesto como su antecesor, era mas apropósito para los perversos amaños que se necesitaban en aquella casa.

La turbacion de Carlota se hacia mas notable cada vez que Mr. Quibble hablaba, y al cabo se vió precisada á levantarse sin que el político Sir la hiciese la menor pregunta sobre la causa de una conmocion tan extraordinaria.

María no habló sino de Horacio, manifestó su sorpresa al no verle, pre-

guntó dónde habia ido, cuándo volveria; y en fin, dió enteramente curso á su curiosidad: mas como Sir Salomon no tuvo por conveniente satisfacerla, y como Mr. Quibble no se atrevió tampoco á responder palabra; María se vió obligada á callar, pero resuelta á hablar del asunto con Carlota y Dorotea á la primera ocasion.

Cuando las dos hermanas volvieron á Mount-Pleasant les pareció que eran todavia personas de mas suposicion que antes, en atencion al despreciable orígen de su nueva compañera, y se indignaron de vivir en la misma casa que la pordioserilla, de quien habian oido hablar con tal desprecio á su tio; y considerando este suceso como un deshonor para la escuela se dieron priesa á comunicar sus reflexiones á todas sus compañeras, satisfechas que no dejarian de

interesarse como ellas; y ya estaban tomadas todas las medidas para causar á la pobre Rosita mortificaciones y pesares de toda especie, si Mistress Harley no hubiese prohibido severamente hablar de este punto. Eleonora por su parte puso el mayor esmero en disipar cuantas especies podian perjudicar á su amiga, y declaro que la historia de las Miss Mushroom era falsa, que ella conocia á todos los parientes de Miss Buhanum, quienes gozaban de la mayor consideracion, y que su tio era su médico: como Eleonora estaba mas acreditada que las señoritas Mushroom obtuvo la confianza general, y las dos sobrinas de Sir Salomon se vieron precisadas á callar, colocando este asunto en la lista de los que solo podian hablarse con su nodriza.

CAPÍTULO VIII.

Ya no existia aquella niña enfermiza y débil que tanto cuidado habia dado al Coronel Buhanum, pues Rosa se habia robustecido, y sus perfecciones mentales correspondian con las fisicas que cada dia se descubrian en ella. Era dócil, ingeniosa, aplicada, atenta y circunspecta; de suerte que vino á ser la gloria de Mistress Harley, y las delicias de John: y puesto que se la podia considerar como una rica heredera, obtuvo tambien toda la ternura de Mistress Betty Brown.

Ésta podia lisonjearse de ocupar un lugar entre las bellezas de segundo orden en Penrry, y conociendolo se engrió mas que nunca: se vestia con elegancia, y recibia tertulia to-

das las mas noches en su casa.

Mistress Feversham, su ama antigua, iba regularmente á leer los periódicos al White-Horse, convidaba á Betty á comer algunas veces, y ésta, entusiasmadilla con una distincion tan lisonjera, se entregó á la vanidad, que la era natural en mucha parte.

Habiendo sido nombrado John sargento de milicias, se reconcilió algo con su situacion, y pasaba gran parte del dia sentado en su banco á la puerta de la posada, bebiendo cerbeza, y leyendo en su querido Shakespeare.

Todo iba viento en popa, y solo faltaba la certidumbre de poder continuar en el mismo rumbo; pero el cerbecero y el fabricante de licores presentaban contínuamente las cuentas, y antes de recibirse carta del Coronel habia ya vencidos seis meses

de alquileres, por cuyo pago mortificaban al pobre posadero, quien no tenia recurso para salir de tantos apuros. Betty indignada de ver el atrevimiento de aquellas gentecillas, tomó en fin el partido de presentarse en la quinta de Mushroom, y usando del permiso que el Coronel los habia dado á su partida, pidió á Sir Salomon le prestase cien libras esterlinas.

Habian venido varias embarcaciones de la India desde el tiempo en que prudentemente debia esperarse que el Coronel habia llegado al término de su viaje, y sin embargo no se habia recibido ninguna carta suya. Á vista de tan extraordinario silencio podia muy bien lisonjearse el caballero Mushroom de que las dos mil esterlinas depositadas en sus manos serian enteramente suyas, y en es-

tas circunstancias el desembolsar cien libras le pareció una generosidad de que verdaderamente era incapaz.

Fue, pues, entreteniendo á Betty de dia en dia hasta que se aseguró de que habian llegado cuantas embarcaciones se aguardaban de la India, sin traer noticia alguna del Coronel; y entonces pretestando que tenia hechos adelantos muy considerables para la educacion de la muchachita (*el título de Miss Rosa quedó suprimido*), sentia mucho no hallarse en disposicion de hacer el favor que Betty le pedia.

Ésta, que no habia contado sino con semejante recurso, quedó tan sorprendida como irritada con una negativa verdaderamente imprevista. Sir Salomon la volvio la espalda, y ella tomó el camino de su casa llenando de maldiciones á su marido, al Co-

ronel y al señor de Penrry.

"¡Con qué se ha pasado el tiempo! exclamó John con aire muy abatido. ¡Con qué verdaderamente se ha pasado el tiempo en que podiamos tener noticias de mi amado Coronel! ¡Oh, sin duda se ha muerto, se ha muerto!"

Mistress Brown se reanimó entonces, y dijo: "¿Se ha muerto decis? ¿de veras creeis que se haya muerto? ¡Oh! si eso fuera, Sir Salomon tiene su testamento, y me atrevo á decir que mi amo nos ha dejado unas cuatrocientas ó quinientas libras esterlinas."—"Yo no sé nada de eso, respondió John con aspereza, ni jamas he deseado ganancia por semejante camino."

Betty se puso colorada, y ya se disponia á perorar con violencia sobre este particular, cuando fue interrumpida por Sir Salomon, que á pesar del recibo poco lisonjero que la ha-

bia hecho una hora antes, entró en aquel momento con la sonrisa en los labios y un semblante animado de la mas dulce benevolencia.

Mistress Brown miró á su afligido esposo, manifestando que extrañaba la visita; pero ni uno ni otro hablaban palabra.

Sir Salomon se dió prisa á anunciarles que estaba pronto á proporcionarles cuanto dinero pudiesen necesitar; que desde allí mismo iba á buscar á sus sobrinas y á Miss Buhanum para que pasasen juntas algunos dias en su quinta; y que en fin acababa de recibir un paquete del Coronel que contenia tambien cartas para Miss Rosa, Mistress Harley y Mistress Brown.

Esta dio un chillido de puro gozo: Sir Salomon presentó la carta á Mistress Betty, quien inmediatamente rompió el sobre, é iba á leerla, cuan-

do su marido se la arrebató de las manos, y se retiró á su banco favorito para saborearse á su gusto con la lectura de tan agradable escrito.

Un proceder tan poco galante no hubiera dejado de producir alguna fuerte reprimenda por parte de Betty si Mistress Feversham, que entraba en aquel momento, no hubiera levantado del suelo un papel que se habia caido de la carta, que arrebató John, y era nada menos que una letra de cambio de ciento cincuenta libras esterlinas pagadera á la órden de John y de Isabel Brown.

Esta prueba de la generosidad del Coronel restituyó la alegría á Betty; pero tal fue la conmocion que causó el gozo en el pecho de su marido, y de tal modo se le excitó su sensibilidad al leer la carta, que se sintió algo indispuesto, y tuvo que retirarse

á su cuarto ínterin que Betty estaba protextando que la semana inmediata habia de estrenar un vestido de seda. Sir Salomon demostró estar poseido de la mayor alegría: pagaron al instante todas las cuentas, y Mistress Betty Brown llegó á ser un personage mas importante que nunca.

Acompañaban á las cartas del Coronel algunas piezas de ricas muselinas bordadas de oro y plata, dos con destino á Mistress Harley, y las otras para repartirse entre Miss Rosa y sus amiguitas las señoritas Mushroom; y con esto ya adivinará el lector el motivo de la repentina resolucion del caballero de convidar á Rosa á su casa.

Las cartas del Coronel no eran muy largas, pero cada línea respiraba aquella sensibilidad esquisita que habia presidido á todas las acciones

de su vida: encargaba á Mistress Harley que amase á Rosa, y pedia á ésta que tuviese para con su padre toda la ternura de que él se sentia animado para con ella: la declaraba su intencion de dejarla por heredera, y la recomendaba que se hiciese digna de la fortuna que la prevenia.

Miss Rosa Buhanum contestó en francés sabiendo el gusto del Coronel, y su deseo de que cultivase esta lengua; y Mistress Harley le escribió diciendo que ya habia obtenido la recompensa digna de un corazon como el suyo, pues no habia cosa que pudiese compararse con las admirables disposiciones de su protegida, y la excelencia de su carácter.

Tres años estuvo el Coronel dando frecuentes noticias suyas, y nuevas pruebas de su generosidad; y co-

mo su cariño á tan amable hija, aunque adoptiva, seguia siendo siempre el mismo, Rosa continuaba en ser convidada frecuentemente á la quinta de Mushroom.

Sir Salomon mantenia á sus sobrinas en la misma escuela, pensando subsistiesen allí hasta el momento que creyese oportuno para presentarlas en el gran mundo; y estas dos jóvenes, no oyendo ya cosa alguna en contrario, se hicieron tan amigas de Rosa, que llegaron á tener celos de la predileccion que ésta concedia á Miss Eleonora.

Ya Miss Carlota estaba en los diez y ocho años, y María en los diez y seis, y ya ambas habian adquirido aquellas perfecciones fisicas y morales que Sir Salomon deseaba, por lo cual empezó á buscar una dama, bajo cuya direccion pudiesen hacer su

entrada en el mundo.

Mistress Feversham, cuyo carácter conoce ya el lector, tenia cierta especie de viveza y un tono tan decisivo, que para los jueces como Sir Salomon pasaba por muger de talento y de penetracion; y con efecto ella habia tenido bastante trato de gentes, rozándose con personas de distincion, de las cuales hablaba contínuamente. Su pasion al lujo y á las diversiones la servia de tormento, por no permitir satisfacerla la escasez de sus rentas, y se afligia de verse precisada á vivir dentro de tan pequeño círculo, sin que la fuese posible ensancharle un poco. Por fortuna en ella fue en quien Sir Salomon puso los ojos para servir de mentor á sus herederas, y una proposicion semejante, que tanto lisonjeaba sus inclinaciones, fue recibida con un enagena-

miento que tocaba en delirio.

Al instante que arregló todos sus negocios se trasladó á la quinta para hallarse presente cuando llegasen las señoritas, á quienes Sir Salomon se proponia tener algunos dias en su casa antes de llevarlas á Londres. Hiciéronse todos los preparativos para tan importante objeto bajo la direccion de Mistress Feversham, mientras Sir Salomon aguardaba el arribo de un correo de las Indias orientales; y como Miss Buhanum tenia entonces el permiso de llamarle su tutor, deseaba éste recibir noticias del Coronel antes de emprender un viaje, que en su concepto le tendria ausente cuatro meses.

Mistress Betty Brown no aguardaba con menos impaciencia noticias de la India; pues la generosidad del Coronel, lejos de hacerla mas cauta pa-

ra lo sucesivo, la proporcionaba arbitrios de satisfacer su pasion al lujo, y se entregaba á ella como si nunca hubiese de agotarse la mina, que debia mantener una existencia tan lisonjera.

Durante este intervalo John se habia hecho un verdadero poltron; y con tal de que le diesen camisa limpia, que le tuviesen prontos sus botines blancos todos los dias que maniobraba con sus soldados, que le dejasen leer en paz su Shakespeare, y que pudiese ir en su carro á Mount-Pleasant todos los lunes, ni se metia en nada, ni se incomodaba por las cosas de la casa, á excepcion de cuando era mala la cerbeza, pues entonces armaba una gresca del diablo, y aun la misma Betty se veía y se deseaba para sosegarle.

Mas el tiempo pasaba, y las car-

tas de la India no parecian: de modo que ya se creía probablemente que el correo marítimo habia hecho naufragio; y como no se aguardaba de allá ningun otro barco, fue preciso renunciar á la esperanza de tener noticias del Coronel por aquel año: visto lo cual Sir Salomon se decidió á no retardar su viaje á Londres.

Mistress Brown, que en la espectacion de las remesas ordinarias habia ido retardando el pago de los proveedores de su posada, se halló entonces con nuevas instancias de éstos, y tan ejecutivas, que la fue indispensable recurrir nuevamente á Sir Salomon pidiendo cien libras prestadas, las que él no se atrevió á negar, temiendo que llegasen cartas de la India como la vez primera; pero tomo la precaucion de hacer se otorgase una hipoteca sobre la mis-

ma posada del White-Horse para la seguridad de su préstamo en caso de algun adverso accidente: y aunque Betty aseguró que no habia que temer tal cosa, con todo condescendió en aquella formalidad, y se restituyó á su casa perfectamente tranquila.

CAPÍTULO IX.

Eleonora Bawsky, cuya amistad con Rosa se habia ido consolidando de dia en dia, se hallaba tambien, con sumo sentimiento suyo, próxima á salir de Mount-Pleasant.

El Doctor Croack habia hecho el mayor esfuerzo de ingenio, y acababa de depositar una respetable cantidad para ser sucesor de uno de los mas famosos médicos de Londres. El pozo de donde salia tanto dinero era desconocido á todos: pero sea como fuese, el Doctor tomó la casa y muebles de su predecesor, compro un coche todavia mas brillante que el que tenia, aumentó su familia con un criado; y aunque conservo su casa en Penrry dejando un substituto para que asistiese a sus patroquianos, eligió

para su residencia particular su nueva casa en la calle de Walbrook, donde Mistress Bawsky se propuso conducir á Eleonora consigo.

Es regular que el lector no se haya olvidado de que el Doctor tenia un hijo, y que éste, aunque jamas se pronunciase su nombre en la familia, ni él se atreviese á entrar en la magnífica casa de su padre; sin embargo, estaba bueno y sano. Nosotros no podemos dispensarnos de dar cuenta ahora de la conducta extraordinaria de su padre respecto á él, y de las intrigas de Mistress Bawsky para privarle de la proteccion natural á que tenia tan incontrastable derecho. . . . .

Este jóven habia sido mimado por su desgraciada madre, como por lo regular sucede á todo hijo único, y cuando la vieja Mistress Croack, su

abuela, se establecio en casa del Doctor se hubiera encargado con gusto de su educacion; pero el espíritu de contradiccion que animaba al Doctor destruía todas las medidas de su madre, y aunque el niño necesitaba de correccion varias veces, su padre no queria que nadie se metiese en reprenderle.

Tal era la situacion del Doctor y su hijo cuando la elegante Mistress Bawsky bajó de la alta esfera que gozaba en Southampton, para tomar de manos de su nuevo amigo las riendas del gobierno de su casa; y entre los muchos descubrimientos que bien pronto hizo en los negocios de la familia, fue uno el de que el jóven Jackey Croack no era mas que un estupido y un bribonzuelo, por lo cual inmediatamente le enviaron á una escuela publica, y este pobre

muchacho, despues de haberse criado con una ciega indulgencia, se halló repentinamente sujeto á la mas severa disciplina, y cuando le permitian venir á casa de su padre era para sufrir desaires y toda especie de malos tratamientos.

Los nervios de Mistress Bawsky eran demasiado irritables para sufrir la presencia de aquel mentecato, y en virtud de esta poderosa razon el pobre Jackay era acariciado ó maltratado segun el capricho de los criados, sin tener un amigo que pudiese consolarle ó protegerle.

El Doctor Croack solia echarla en cara á su anciana madre la locura que en otro tiempo habia tenido de ocultar parte del dinero que habia en casa, para proporcionarle medios de sostener los extravagantes gustos á que se habia entregado, y decia

que esta indulgencia criminal habia sido el orígen de todos sus errores é infortunios; y sin duda para que no sucediese otro tanto con su hijo no le daba ningun dinero.

El muchacho, privado de aquel caudalejo con que podria comprar las golosinas que veía comer á los demas de su edad, acechó una ocasion favorable, y quitó ciertas monedillas al cochero: descubrióse la falta, y ya iban á azotarle cruelmente cuando la llegada de su tio el arrendador proporcionó alguna tregua en la ejecucion de la sentencia; y luego, aunque con mucha dificultad, obtuvo que ésta se revocase, mas no pudo evitar que en su lugar se le impusiese un absoluto destierro de la casa paterna.

El honrado arrendador, que en el concepto de su hermano era un idio-

ta, se imaginó que las malas inclinaciones que se achacaban á su sobrino provenian no tanto de su carácter cuanto de la posicion deplorable en que se hallaba, y todas las invectivas y declamaciones de Mistress Bawsky no pudieron persuadirle otra cosa. Ofreció, pues, llevarse el pobre culpado á su hacienda de la provincia de Essex, y esta oferta pareció tan agradable al Doctor, que propuso *pagar diez guineas* cada año por su aprendizage hasta que se hallase en estado de ser un buen labrador, y ganar por sí mismo la vida.

Estipulados que fueron los artículos de esta especie de contrato, partió Jackey alegremente para el condado de Essex montado á las ancas del caballo de su tio, mientras que su padre hacia rodar con extrépito su magnífico coche por las calles de

Penrry, y excitaba mas que nunca la sorpresa de sus habitantes. Aunque Jackey se hallase perfectamente en Essex con su tio y su abuela, quedaban tres personas en Penrry, cuya ausencia sentia verdaderamente. Eran estos un pobre barbero y su muger: ésta habia servido á la difunta Mistress Croack, y habiendo conservado ambos el mayor respeto á la memoria de aquella desgraciada muger, no sabian qué hacerse con el hijo, á quien tanto habia querido. Otra persona, en quien Jackey pensaba con mucha conmocion, era Eleonora Bawsky; pues ya la mirase como hermana, ó ya como prima, segun fuese la naturaleza del parentesco que hubiese entre ambos, lo cierto es que la estimaba, y ella le correspondia; le daba parte del dinerillo que la daban, y le solia ver en casa del bar-

bero, donde podia hablarle con mas libertad que en otra parte.

Eleonora iba todos los sábados á casa del Doctor, y se quedaba hasta el lunes siguiente: y como durante aquellos dias se paseaba por el pueblo segun se la antojaba, nadie sospechaba que visitase á Jackey, y de estas citas á escondidas nació al principio un cariño pueril, que creció con los años, y llegó á ser una impresion y sentimiento profundo, que ambos experimentaron con igual fuerza. Eleonora afligida de la marcha de Jackey y de la separacion de su Rosa, sentia una repugnancia invencible en seguir al Doctor y Mistress Bawsky á su nueva habitacion. Hallábase entonces en los quince años, y aunque al principio habia creido ser mas alta que Rosa, ésta habia crecido despues mucho mas que ella: Eleonora

estaba ya tan robustecida, que parecia no habia de crecer; mas Rosa por el contrario era delgada, fina y delicada: todos sus movimientos tenian una gracia y una soltura notables, y se veía constantemente en su fisonomía aquella expresion de dulzura, paz y sensibilidad que la eran tan interesantes. Su tez sumamente delicada estaba algo descolorida, pero sus ojos hermosos tenian un brillo admirable. Sus brazos, manos y cuello eran de una hermosura perfecta, y la blancura de su cutis sobresalia particularmente por el color de sus hermosos cabellos, que caian en bucles sobre sus espaldas, mientras otros cubrian parte de su hermosa frente.

Tal era entonces el exterior lisonjero de aquella miserable mendiguita, cubierta en otro tiempo de los andrajos de la miseria, y reco-

gída despues por la beneficencia; y tal vendria á ser sin duda la metamorfosis de otras muchas víctimas deplorables de los caprichos de la fortuna, si encontrasen corazones tan compasivos.

Mistress Harley tenia por máxima que las mejores leyes que debian establecerse para la educacion de la juventud eran aquellas que podian confirmarse con el ejemplo. Sabia muy bien cuanto influye en el mundo el espíritu de imitacion, y partiendo de este principio velaba contínuamente con el mas escrupuloso cuidado sobre su propia conducta y la de las maestras subalternas, á fin de que las jóvenes discípulas no viesen alderredor de sí sino objetos de emulacion y ejemplos que seguir.

Bajo la direccion de una aya semejante, Miss Buhanum, que estaba

dotada de las mejores disposiciones, y que juntaba á un buen talento una feliz memoria y comprension sobresaliente, no podia dejar de ser el objeto de la estimacion y admiracion de todos. Su voz era dulce y melodiosa, la ejecucion de su canto no producia la sorpresa que nace de ver vencidas grandes dificultades, sino que subsistia la mas dulce emocion aun mucho despues que habia dejado de cantar. Tocaba perfectísimamente la harpa y el piano; hablaba francés é italiano con la mayor facilidad; poseía varios conocimientos; dibujaba con gusto, y sobresalia notablemente en todas las obras de aguja y demas clases que puedan enseñarse á una muger.

La memoria de su infeliz orígen contribuía aun mas á producir en ella una aplicacion constante al desempe-

ño de sus obligaciones ; y sintiendo vivamente el tiempo que habia perdido , procuraba repararlo con infatigable celo. Á las reflexiones melancólicas, que regularmente la producia el recuerdo de lo pasado , sucedia siempre el sentimiento de una gratitud religiosa á aquel ser benéfico que la habia elevado de lo ínfimo de la miseria á un estado tan feliz y tan honorífico.

Ademas del depósito de las dos mil libras que habia dejado el Coronel en manos de Sir Salomon , enviaba frecuentemente á su hija adoptiva regalos considerables: tenia un precioso relox y aderezos de perlas, hermosos collares, &c. y su guardaropa era magnífico; pero á pesar del lujo brillante que la rodeaba, sentia Rosa una cierta tristeza que la oprimia el corazon, y formaba una nube que obscurecia

la hermosa perspectiva que la esperaba. Acordábase que tenia una madre, y que si ésta vivia aún se hallaba probablemente en la mas espantosa miseria. Esta idea la arrancaba muchas lágrimas, que derramaba secretamente en el seno de su jóven amiga.

Eleonora, cuyo carazon sensible tomaba parte en un sentimiento, que ella igualmente hubiera experimentado en igual situacion, se esforzaba sin embargo en suavizarla con todos los argumentos que podia suministrarla su mas tierna amistad; pero Rosa que habia aprendido á considerar el cumplimiento de las obligaciones y el ejercicio de las virtudes sociales como una cosa sagrada, no podia sostener la comparacion que estaba haciendo de la opulencia que la rodeaba con la miseria en que gemia regularmente la que la habia dado la vida.

"¡Ah! Eleonora, decia avergonzándose de una memoria que la humillaba, á pesar de los vicios odiosos que se han echado en cara á esa infeliz muger, ¿no es ella mi madre? ¿No tengo yo tambien un padre igualmente miserable? ¿Y podrá su hija vivir en la abundancia? ¿Podrá ser feliz y estar contenta y sosegada mientras que los deplorables autores de su existencia se arrastran en la pobreza, y acaban tal vez su vida faltos de alimento?"

Este era el modo con que la sensibilidad de Rosa, descubriéndose cada vez mas, la hacia experimentar tambien el deseo de conocer á sus padres, dedicarles todos sus cuidados, y hacerlos partícipes de su opulencia.

Es cierto que continuamente se representaba á su imaginacion el terrible recuerdo de la hambre, de la

miseria y malos tratamientos, que habia sufrido en la casa paterna, particularmente con su madre; pero la pureza de sus principios no la permitia admitir como disculpa para ella la falta de buen proceder de los demas. Tampoco procuraba acordarse del poco reconocimiento que debia á sus padres, y bastábala el pensar que gemian en la miseria ó en males mas terribles que la pobreza, pues que tenian por causa los efectos de su intemperancia, para ver empañar y obscurecer alderredor de sí todo el lustre de su situacion presente.

Eleonora tenia una amistad tan tierna con Rosa, que no solamente participaba de sus pesares, sino que los sentia aun con tanta fuerza como ella misma.

"¡Y bien! dijo un dia á su amiga despues de haber agotado toda su

elocuencia para consolarla, ¿quereis estaros afligida casi siempre por vuestra madre, y os afligís vos, que teneis tantos motivos de consuelo, cuando yo, que los tengo diez veces mayores para ser infeliz...."—"¡Vos, Eleonora! interrumpió Rosa, ¡vos infeliz!

—"¿Y por qué no, Rosa? ¿Creeis que no tengo yo tambien mis pesares?" — "Mi querida Eleonora, eso es imposible: vos teneis padres que os amen y os protejan."

—"Eso puede ser y no ser, respondió Eleonora; pero Dios sabe quienes son mis pobres padres, pues yo no sé ni aun si los tengo. Conozco que si tengo una madre debo amarla; pero en cuanto á mi tia Bawsky, como dicen unos, ó mamá como quieren otros, lo cierto es que si tengo alguna gota de sangre en las venas,

se inflama toda contra ella, y segun lo que me pasa acá dentro, estoy bien segura de que si se me mandase no volverla á ver nunca, sería para mí una sentencia que no me haria derramar una lágrima. Toda la desgracia del pobre Jackey es obra suya: no habrá quien os diga qué muchacho tan amable era, y cuánto le queria su madre. Pensad, Rosa, cuántos motivos tiene el desgraciado Jackey Croack para afligirse. Tambien ha perdido una madre, pero una madre tierna y apasionada. ¡Oh! Si hubieseis oido la ardiente súplica que hizo á ese hombre villano, á quien yo llamo tio, y á quien aborrezco tanto como á mi tia Bawsky, y con qué tono le suplicó que cuidase y amase á su hijo, vos hubierais quedado enternecida. Pues bien, Rosa, él lo prometió solemnemente; pero su alma es

digna de Mistress Bawsky, ó por mejor decir es aun mas dura, pues abandona á su propio hijo, y le arroja de su casa ¿Podeis concebir vos, Rosa, un proceder tan abominable? ¿Creeis que sea posible que un padre aborrezca á quien ha dado la vida, hasta el punto de desterrarle para siempre de su presencia? ¿Y no tengo razon de considerarme infeliz, y mucho, viéndome reducida á ir á vivir con ese mal hombre y esa muger?"

Los rumores que habian circulado en Penrry sobre la especie de parentesco ó conexion por la que podia pertenecer Eleonora al Doctor Croack ó á Mistress Bawsky se ignoraban enteramente en Mount-Pleasant; y Rosa, que jamas habia oido decir ni una sola palabra sobre este particular, quedó tan sorprendida de la relacion

de Eleonora, como disgustada del modo libre y poco respetuoso con que por la primera vez acababa de hablar de dos personas, cuya excesiva indulgencia con ella era el único defecto que podia echárseles en cara. Rosa la riñó suavemente por su injusticia, y la reprendió la dureza é ingratitud de las expresiones de que habia usado.

Eleonora se deshacia en lágrimas. En todas las demas ocasiones habia manifestado la mayor docilidad á las reconvenciones de su amiga; pero no habia cosa que pudiese convencerla de que fuese posible á un hombre de bien el maltratar su madre, y abandonar á su hijo; ni que una muger virtuosa y sensible pudiese asociarse á la suerte de un ente tan desnaturalizado, y tener parte en una conducta tan abominable. Al principio

no podia Rosa persuadir á Eleonora de que hacia mal. Eleonora sostenia con calor que las quejas eran justas; pero despues su respeto á los principios que defendia Rosa de un modo tan enérgico, y la confianza que le inspiraba siempre esta amada compañera de su infancia, consiguieron bien presto sofocar su conviccion interior, y que cediese á unos argumentos, cuya exactitud era innegable.

El afecto y mútua confianza que existian entre estas dos amables jóvenes adquirian nuevas fuerzas, y su amistad tomó un carácter que ni el tiempo ni las circunstancias podian alterar. Eleonora no veía en Rosa sino cualidades para excitar la admiracion: reconocia la superioridad del talento y del modo de ver y de juzgar de su amiga; y éste era siempre el oráculo que dirigia su conducta,

esforzándose á imitarla como un modelo de perfecciones. Eleonora era buena por sí misma: las mas dulces virtudes formaban el fondo de su carácter, y todos tenian derecho á su benevolencia, excepto los enemigos del pobre Jackey.

La salida de Mount-Pleasant se hizo aun mas sensible para Rosa en unas circunstancias en que se hallaban con la mayor inquietud en cuanto al Coronel, y en que oia decir que la guerra estaba mas encendida que nunca en la India: sabia muy bien la intrepidez del carácter de su bienhechor, y temblaba al considerar los peligros á que se hallaba expuesto. "¡Ay de mí, decia, precisamente he de perder á mi amiga en un momento tan crítico!"

CAPÍTULO X.

Los temores que atormentaban á Rosa no eran solo efecto de una imaginacion fácil de sobresaltar, pues la misma Mistress Harley al propio tiempo que se esforzaba á reanimar el valor de su discípula, temblaba interiormente en cuanto á su suerte; y cuando al despedirse Eleonora protestó que en cualquier caso partiria lo que tuviese con su querida Rosa, aquella excelente muger exhaló un suspiro involuntario.

Mistress Feversham engalanada como una muchacha, las mexillas cubiertas de su lustroso colorete, la cabeza cargada de plumas, llegó á Mount-Pleasant con las Mistress Mushroom para despedirse de Mistress Harley, y justamente cuando la tris-

teza de esta muger respetable se habia aumentado con el abatimiento melancólico de Rosa, y con sus propias reflexiones.

Sin embargo, recibió á las Mistress Mushroom con su acostumbrada benevolencia, y á Mistress Feversham con política y atencion; pero no pudo dejar de considerar con sorpresa una compostura tan poco conveniente á una muger de su edad. La petimetra viuda la hizo mil protestas de servicio y de amistad, repitió una sentencia sobre otra sin respirar, aplicables, segun ella, à las sensaciones de las que la escuchaban. Despues declamó contra las personas, cuyo talento no podia brillar sino con citas; exclamó que las aborrecia mortalmente, y en medio de esto las estaba usando contínuamente. Habló con igual volubilidad de la divina inspiracion de

los poetas; declaró que frecuentemente la favorecian las musas; y en fin, columbrando á Miss Buhanum, que pasaba por delante de la ventana, hizo una transicion repentina de las perfecciones del alma á las del cuerpo. Preguntó: ¿quién era aquella hermosa criatura? Corrió á ponerse delante de un espejo: suplicó á las Mistress que reparasen bien como se parecia todo el corte de su cara á la de aquella bonita muchacha; pero advirtiendo que no podian dejar de reirse añadió: "yo hablo solamente de la expresion de la fisonomía."

Mientras que Mistress Feversham era asi la irrision de aquellas á quienes habia de servir de mentor, la ocurrió á Mistress Harley la idea de que esta locura, que la hacia tan ridículo el empeño mismo que se tomaba de dar consejos á todos, podrian

acaso ser útiles á Miss Buhanum, y en consecuencia pidió permiso á la viuda para decirla cuatro palabras á solas en el gabinete inmediato.

Mistress Feversham echó otra mirada de despedida al espejo, en que reflexaban de un modo tan agradable para ella las plumas azules, encarnadas y blancas que adornaban su cabeza, y siguió á Mistress Harley muy apresurada. Mas cuando la digna directora la dijo que en ella consistia el hacer un particular servicio á la jóven señorita, cuya presencia y figura acababa de agradarla tanto, la Feversham hizo que segun su costumbre sucediese una ostentacion de sensibilidad á la vanidad ridícula que la inspiraba su adorno. Exclamó que no habria cosa en el mundo que pudiese hacerla tan feliz, y añadió: ¿dónde era menester ir? ¿qué debia de-

cir? ¿qué podia hacer?

Mistress Harley manifestó las inquietudes que la agitaban, y confesó que un triste presentimiento la hacia temer que el Coronel Buhanum no hubiese escapado de la sangrienta accion de Seringapatam, cuya noticia acababa de llegar á Inglaterra.

"¡El Coronel Buhanum! repitió Mistress Feversham, ¿y qué relacion puede tener con él esa preciosa criatura? Á buen seguro que no será aquella muchachuela que recogió en las calles."

Mistress Harley respondió sonriendose que justamente era la misma, y añadió, que si el Coronel habia perecido sin hacer ninguna disposicion á su favor, acaso la hubiera valido mas el no haber salido nunca de su primera situacion.

"¡Oh cielos! exclamó Mistress Fe-

versham, vos me traspasais el corazon. ¡Pobre chica! ella es á la verdad sumamente linda. Yo tenia ciertamente una nariz como la suya cuando era de su edad; pero decidme, amada Mistress Harley: ¿qué es lo que puedo hacer por ella? ¿debo anunciarla la noticia dolorosa que me acabais de comunicar? ¿convendrá que vaya á Londres para tomar informes en la compañía de la India, ó será mejor que...."

Mistress Harley comprendió perfectamente la disposicion del carácter de la sensible viuda: conoció bien que acostumbraba hacer mil ofertas estravagantes cuando no podia realizar ni una sola; pero respetó al orígen de que provenia sin duda este zelo oficioso, y no pudo dejar de convenir en que, aunque exagerado, podia ser muchas veces sincero. Sin embar-

go, temiendo que Mistress Feversham no se ofreciese á ir hasta Seringapatam para informarse del verdadero estado de las cosas, lo que á pesar de toda su buena voluntad sería impracticable, se apresuró á interrumpirla explicándola el modo con que sería posible servir á Miss Buhanum, sin tomarse la mitad del trabajo á que se ofrecia.

Betty Brown tenia la costumbre de confiar á cualquiera que queria verlo, que el Coronel Buhanum habia dejado un testamento en manos de Sir Salomon; pero Mistress Harley no pudo jamas conseguir el arrancar esta confesion al caballero, á pesar de la maña de que muchas veces se habia valido para lograr alguna explicacion sobre este particular.

Cada cuenta de las que venia á pagar últimamente por Miss Buhanum

le arrancaba un suspiro, seguido de la declaracion de que este dinero era de su propio bolsillo, y que no haría semejantes adelantos si no fuera por consideracion á su querido Horacio.

Sin embargo, como Mistress Harley habia podido apreciar la clase del cariño de Sir Salomon para su *querido* Horacio, y sabia hasta qué punto idolatraba el dinero, á pesar de las profusiones que toleraba en sus sobrinas, tuvo vehementes sospechas de que el motivo que manifestaba no era mas sincero que el que le habia hecho antes calumniar á la inocente Rosa, y que podia tener su orígen en un interés de mas apego para él que el bien estar de Horacio.

La virtuosa Mistress Harley era incapaz de sospechar en otro una intencion tan simulada, cuya sola idea la era insoportable; pero poseía un gran

conocimiento del corazon humano, habia vivido en el mundo, y gemia amargamente á vista de la depravacion que con tanta frecuencia se oculta bajo la capa de la virtud. La conducta insidiosa de Sir Salomon la habia ya sobresaltado en cuanto á la suerte de Rosa, y el obscuro misterio que envolvia sus acciones la causaba los mas vivos temores. Ya habia adoptado y desechado sucesivamente diversos planes para saber la verdad, hasta el momento en que se figuró que Mistress Feversham podia acaso serla útil en su proyecto.

Con todo se guardó muy bien de dar á entender á la viuda sus sospechas, no queriendo comprometer la suerte de Rosa á la discrecion de nadie, y atraerla por enemigo al hombre, cuyos cuidados podian serla útiles. Contentóse, pues, con darla á en-

tender que descansaba en su delicadeza, y se fiaba enteramente en su prudencia, para saber en efecto si el Coronel habia dejado su testamento en manos de Sir Salomon.

Mistress Feversham protestó, que *todas las fibras de su corazon se habian conmovido*, y tomó con calor los intereses de Miss Buhanum, prometiendo no dejar cosa que no emprendiese para corresponder á la confianza que habia merecido á Mistress Harley.

Esta promesa fue sincera, y la intencion de Mistress Feversham por aquel entonces fue de cumplirla exactamente; mas no bien habia llegado á la quinta de Mushroom, cuando el brillo de los equipages, y la bulla de coches y caballos, la deslumbraron hasta el punto de olvidar enteramente á Miss Buhanum y el testamen-

de decirme quién os lo ha dicho."

—" ¿Quién? Fue Mistress. . . . No. . . . Se me ha olvidado quien me habló de ello."

Mistress Feversham se contuvo pensando en la indiscrecion que iba á cometer, y Sir Salomon la preguntó: " ¿Seria Mistress Brown?" —"No."—" ¿Fue Mistress Harley?"—"No." —" ¿Seria pues la muchachita Miss. . . . Miss. . . . esa como la llaman. . . . " —" ¿Quién, señor?" exclamó Mistress Feversham con indignacion.

—"Mi tio quiere sin duda hablar de Miss Buhanum," dijo Carlota.

—"Pues bien, señor, dijo Mistress Feversham, sabed que no ha sido ni ella, ni ninguno de los que habeis nombrado, sino todo el mundo, y todo el mundo lo cree."

" En ese caso, señora, replicó

friamente Sir Salomon, todo el mundo se engaña; pues yo puedo aseguraros que no tengo ningun testamento, ni creo lo haya hecho nunca el Coronel. Y aun os diré mas, y sabreis otro secreto, y es el que estoy muy persuadido de que nada tenia que dejar despues de su muerte, porque ha sido demasiado pródigo durante la vida."

—"¡Ah! Pobre Rosa! exclamó Mistress Feversham, ¿qué será de ella con aquella figura tan hechicera y aquellas carnecitas tan tiernas y delicadas?"

—"Pues yo no he advertido jamas esas carnecitas tiernas y delicadas," dijo Miss Carlota quitándose su guante, y dando al mismo tiempo una ojeada á su mano. "Y en cuanto á su persona *hechicera* es demasiado descolorida para que todos conven-

é indiferencia una de las cartas del sello negro.

Betty juzgó entonces conveniente acercarse mas para tomar la palabra, y despues de haber hecho una profunda cortesía á Sir Salomon, le dijo que su marido y ella habian venido á tomar sus órdenes, y á que les instruyese del testamento de su amo.

"Quítate de ahí, muger, quítate de ahí, exclamó John dando un grito que hizo resonar las bovedas: yo no quiero oír hablar del testamento, y solo vengo para saber.... Sir Salomon, ¿será cierto?... ¿Será bien seguro?... ¿No hay esperanza?... Mi amo...."

El pobre John se detuvo otra vez sofocado por el exceso de su dolor.

Habiendo recorrido Sir Salomon Mushroom las dos cartas, alargo una de ellas a John, como en respuesta á

sus preguntas, y otra á Betty para satisfacerla en el asunto del testamento.

Las manos trémulas de John, y sus ojos empañados por las lágrimas no le dejaban leer las cartas; de modo que Mistress Feversham se vió obligada á ofrecerse á leérsela, en lo cual consintió él, y bajando la cabeza oyó lo siguiente:

Al muy honorable Sir Salomon Mushroom, miembro del Parlamento, de parte de su humilde servidor Jayme Buchan.

Muy honorable señor:

"Esta se dirige á noticiaros que estoy de vuelta á Inglaterra con solo un brazo, Dios sea bendito por su infinita misericordia; pero tengo el sentimiento de comunicaros que mi

buen amo, el señor Coronel Buhanum, cayó muerto junto á mí cubierto de heridas. No hay que deciros que era un hombre de honor y de mucho valor y espíritu. ¡Ah! ¡cuánto siento haber sobrevivido para daros tan triste noticia! Yo no sé cómo sucedió esta desgracia, pues cuando la bala de cañon me llevó el brazo mis ojos se cerraron, y perdí el sentido en el mismo momento que mi respetable amo cayó junto á mí.

„Nuestro cirujano me sacó del campo de batalla, cuidó de mí con la mayor humanidad, y despues me hizo conducir aquí.

„Podeis estar muy seguro de que hice cuanto me fue posible por encontrar el cadáver de mi desgraciado amo, pero ni al diablo mismo se le podria conocer si estuviese tendido en aquellos campos un solo dia en un cli-

ma tan ardiente. ¡Ay de mí! sería despedazar vuestro corazon si os contase cuántos bizarros escoceses cayeron unos sobre otros como perros en aquella tierra maldita: así pues mi pobre Coronel no habrá podido tener una sepultura cristiana; pero yo no dudo que haya dejado hecho su testamento; y os suplico, señor, que proporcioneis que se me entregue mi legado en Aberdeen, en Escocia, que es mi tierra.

»Tambien me atrevo á pediros que os digneis hablar en mi favor á los honorables Directores de la compañía de la India para obtener alguna recompensa por la perdida de mi brazo, y á fin de que pueda pasar á Escocia, y vivir y morir tranquilamente en mi patria, en cuyo caso contad con que incesantemente pedirá al cielo por vuestra felicidad y

prosperidad vuestro muy obediente servidor:

JAYME BUCHAN."

Mistress Brown se disponia tambien á leer la carta que tenia en la mano; pero creyendo que la conmocion que sentia dentro de su pecho podria quitarla la voz, suplicó á Mistress Feversham que tuviese á bien hacerla el mismo favor que á su marido. La dama consintió en ello, y leyó así:

SEÑOR:

"Como muchas veces tuve el honor de dirigiros varios paquetes de la India por órden del Coronel Buhanum, me tomo la libertad de valerme de vos para saber quienes son sus herederos, á fin de poder hacer que reciban varios papeles de familia que

tengo en mi poder, y que no puedo entregar sino á ellos mismos. Acuérdome de haber tenido el gusto de ver al bizarro y benemérito Coronel á su llegada á Inglaterra, y antes que saliese para Bath; entonces creí necesario hacerle entender que debia pensar en su testamento en vista del deplorable estado de su salud por aquel tiempo; pero he aquí cual fue su respuesta."

"Un digno y respetable hombre »es mi heredero, segun la ley: és»te encontrará bastante dinero para »quedar bien pagado del trabajo que »yo le dé en ejecutar las disposi»ciones que pienso comunicarle; y »si muere antes que yo, la com»pañía de las Indias heredará todos »mis caudales. He jurado no dejar »jamas ningun acto auténtico en fa»vor de mis parientes, y no haré

ningun testamento."

"Por el antecedente que tengo de esta resolucion presumo que habrá muerto sin disponer de su caudal: él poseía grandes haciendas en Inglaterra y en las Indias, como ya sabeis: así pues, si conoceis al sugeto de quien me ha hablado, hacedme el favor de indicarme quien es, y donde se halla; y tened á bien creer que soy &c.:

J. Harley."

El mas lúgubre y melancólico silencio sucedio á la lectura de estas cartas.

"Ya veis, señora, dijo Sir Salomon inclinándose á Mistress Feversham, como no es *todo* el mundo quien cree que el Coronel me dejó su testamento."

—"Pues yo lo creo, y estoy pron-

ta á jurarlo, dijo Betty con la mas viva agitacion; y mi marido.... ¿dónde estais, John?... John.... ¡Cielos! ¿dónde está mi marido?..... ¡Pobre hombre! seguramente ha ido á fuera á llorar á su amo.... pero no importa: él fue testigo, firmó el testamento, y lo jurará en el tribunal."

"¡Qué dice esa muger! exclamó Sir Salomon con un tono severo: ¿vuestro marido será capaz de jurar que yo he recibido el testamento?"

—"No: yo no digo tanto, respondió Betty; pero...."

—"Pero qué.... interrumpió Sir Salomon: os repito que no tengo ningun testamento, y así no me incomodeis mas con semejante asunto; y si vos ó vuestros amigos os atreveis á insultar mi carácter, os haré castigar á todos con el último rigor de las leyes."

Como el título de amigos podia abrazar á cuantos habian acompañado a los posaderos del White-Horse, tomaron el partido de declarar todos á una voz que la explicacion del caballero era clara como la luz: que Mistress Brown tenia bastante atrevimiento en dudar de la palabra de un hombre tan respetable, y que estaba bien probado que el Coronel no habia hecho testamento.

Entonces, como tambien estaba bien probado que la posadera de White-Horse tenia deudas, que no podia pagar, todo el mundo la volvió la espalda, y la pobre Betty se vio precisada á regresar á su casa entregada á todo su dolor, y sin que la siguiese ni una sola persona que la consolase.

"¿Donde está mi marido?" preguntó al sentarse junto al mostrador,

y muy cerca de desmayarse de despecho y de desesperacion.

"Vuestra marido, respondió Sam, el mozo de la posada, ha marchado en un coche que pasaba por la puerta del arrendador Grill."

—"¿Que capricho se le habrá ahora metido en la cabeza? exclamo Betty: apuesto á que ha ido á buscar á Jayme Buchan.... bravísimo.... ¡Dios tenga misericordia de mí!..... pero este Sir Salomon es...."

— "¿Qué es?" preguntó Sam.— "Es un gran bribon, dijo ella: mira, Sam, tan cierto es que él tiene el testamento de mi amo, como el que yo estoy viva."

Sam levantó los ojos, y se encogió de hombros. "Tambien estoy muy segura, prosiguio Betty, de que mi pobre marido ni yo no quedábamos olvidados en el testamento.

"Sí, sí," dijo el mozo de caballeriza, que acababa de entrar; "y todo el mundo tambien sabe, añadió guiñando el ojo á su companero, que el Coronel tenia con vos muchas atenciones..... Y en verdad que no era hombre de mal gusto." Betty, que no gustaba de observaciones ni de señas, mandó inmediatamente al mozo que fuese á lo que tenia que hacer, y no se mezclase en su conversacion.

"Decis bien, Mistress, dijo él: cada uno debia pensar en ganar lícita y tranquilamente su vida, y no urdir patrañas, ni andar trás de dinero y testamentos que vienen de tan lejos."

Mistress Brown quedó tan sorprendida como irritada de aquella desenvoltura; pero habiendola dejado Sam y Will abandonada á sus reflexiones,

conoció por la primera vez cuán necesaria seria la presencia de su marido para arreglar los negocios del White-Horse, y se afligió sobremanera considerando las muchas penas que la aguardaban.

FIN DEL TOMO II.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO II.

SIGUE LA LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

HASTA EL DIA,

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

SEÑORAS.

Doña María de los Ángeles Álamo de Burgos.

Doña Rosa Batelen y Alen.

SEÑORES.

D. Antonio María Villalba.

D. Antonio Mila de la Roca.

D. Antonio Monfort.

D. Diego Infante.

D. Diego Martin.

D. Diego Zaragoza.

D. Fernando María Cevallos.

D. Francisco Martel.

D. Fructuoso Roviralta.

D. Gabriel Guerra.

D. Gerónimo Escuden.

D. Ignacio García Ramirez.

D. Ildefonso Salaya.

D. J. A. V.

D. José de la Presilla.

D. José María Noble.

D. José Mascaros y Gil.

D. José Sanz Ruano.

D. Juan García.

D. Lorenzo Malagambo.

D. Manuel Antonio de Castvasana.

D. Manuel María de Soto.

D. Manuel María Gil de Andriancen.

D. Mariano de Pando y Folguera.

Marques de la Escala.

D. Miguel de Horta.

D. Nicolás Benito Saul.

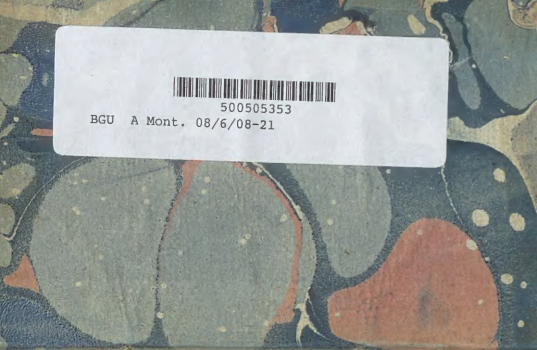
D. Pedro Daza.

Dr. D. Pedro María Gonzalez.

D. Pedro Ruiz.

D. T. J. Carazo de la Peña.




500505353
BGU A Mont. 08/6/08-21


OBRAS
DE
BENNET
6



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm